



FACULTAD DE CIENCIAS EMPRESARIALES

ANTECEDENTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Análisis de las causas que llevaron a la
primera guerra mundial

Autor: Ana Fernández-Cancio López-Ulloa
Director: Antonio Javier Ramos Llano

Madrid
Junio de 2015

Ana

Fernández-Cancio

López-Ulloa

ANTECEDENTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



Resumen

Este trabajo pretende ser un estudio sobre las causas tanto sociales como económicas que supusieron el origen de esa inmensa tragedia que fue la primera guerra mundial. Las causas subyacentes de la Primera Guerra Mundial, son varias. Entre estas causas fueron conflictos políticos, territoriales y económicos entre las grandes potencias europeas en las cuatro décadas anteriores a la guerra. Para ello, se entrará a analizar también el contexto político de Europa y el complejo entramado de las relaciones y alianzas establecidas entre los distintos países, clave para entender los bloques que se formarán posteriormente en la guerra. Así, se busca explicar que la guerra no estalló como respuesta inmediata al asesinato del heredero al trono austro-húngaro, sino que fue el resultado de un conjunto de situaciones que se analizarán a continuación.

Abstract

This paper aims to study both social and economic causes which represented the origin of this immense tragedy that was the World War I. The underlying causes of World War I are several. Among these causes were political, territorial, and economic conflicts among the great European powers in the four decades leading up to the war. Additional causes were militarism, a complex web of alliances, imperialism, and nationalism. For this purpose, it comes to analyze the political context of Europe and the complex web of relationships and alliances established between countries, crucial for understanding the blocks that will be made up in the war. Thus, it seeks to explain that the war did not break out as an immediate response to the assassination of the heir to the Austro- Hungarian throne, but was the result of a series of situations that will be discussed below.

Palabras clave

Guerra mundial, Colonialismo, Imperialismo, carrera armamentística, nacionalismos, triple entente, Triple alianza, segunda revolución industrial.

Key words

World War, Colonialism, Imperialism, Arms race, Nationalism , Triple Entente, Triple Alianza, Second Industrial revolution

Índice general

1. Introducción

1.1 Objetivos

1.2 Metodología

1.3 Antecedentes

2. Análisis de la situación económica anterior a la guerra

2.1 Segunda revolución industrial

2.2 El crecimiento demográfico

2.3 La expansión del sistema capitalista y las innovaciones tecnológicas

2.4 El sistema financiero y monetario

2.5 El desarrollo económico alemán

3. Armamentismo y colonialismo

4. Las alianzas estratégicas

5. Causas sociales: El pensamiento y la inquietud filosófica de una sociedad convulsa

6. Voces de guerra, el estallido

7. Conclusiones

8. Bibliografía

9. Anexos

Índice de gráficos

Gráfico 1: Crecimiento demográfico en Europa

Gráfico 2: Origen de las inversiones internacionales en el siglo XIX

Gráfico 3: Crecimiento PIB per cápita desde 1850 a 1913

Gráfico 4: Inversiones de GB en el extranjero a comienzos del siglo XX

Gráfico 5 : Red de ferrocarriles en GB y Alemania siglo XIX

Tabla 6: Producción de carbón a finales del siglo XIX

Índice Anexos

Anexo 1: Mapa de los estados independientes antes de la unificación alemana

Anexo 2: Mapa Europa antes y después primera guerra mundial

Anexo 3: El protectorado marroquí

Anexo 4: Mapa de las alianzas en europa

Anexo 5: Distribución de la población de Europa en el siglo XVII

Anexo 6: Distribución de la población de Europa después de la primera guerra mundial

Anexo 7: Evolución de PIB Per Cápita hasta la primera guerra mundial

Anexo 8: Flujos de comercio internacional a finales del siglo XIX

Anexo 9: Movimientos y flujos comerciales a principios del siglo XX

Anexo 10: Adopción y suspensión uso patrón oro historia

1 Introducción

1.1 Objetivo

El objetivo principal del presente trabajo consiste en analizar cuáles fueron las causas sociales, políticas y económicas que llevaron, a las potencias que dominaban Europa en aquellos años, a una guerra prevista pero no esperada, que sería la causante de casi 38 millones de bajas tanto en la triple entente como en la triple alianza. ¿Cómo pudo Europa hacerse esto a si misma? ¿Que llevaría a los líderes mundiales, hombres pertenecientes al mismo mundo, a cometer semejante tragedia, y compartir tremendo odio irracional e incontrolable?

He querido explicar que la Gran Guerra no era inevitable, sin embargo, Europa en esta primera y no última ocasión, perdió los estribos. Y fue la arrolladora conexión entre la situación económica, social y política de cada país la que enfrentó a las naciones, siguiendo una casi y supuesta perfecta partida de ajedrez, que los lideres consideraban controlada en un principio.

Para alcanzar este objetivo principal, a lo largo de este trabajo se pretenden conseguir una serie de objetivos más específicos:

- Definir la situación había en Europa antes de la guerra
- Analizar los principales factores económicos que influyeron en la misma
- Estudiar las explicaciones más conocidas de la misma: el colonialismo, el imperialismo y la carrera armamentística
- Examinar los sistemas de alianzas que dividían Europa en bandos hostiles
- Analizar las fuerzas, ideas, prejuicios y conflictos sociales que afectaron a la guerra

1.2 Metodología

La información en este campo es abundante, por ello hay que seleccionarla rigurosamente. Para acercarse a los objetivos descritos, la metodología que se va a utilizar en este proyecto es sobretodo cualitativa pues se trata de obtener una idea propia y personal sobre qué fue lo que llevó a la guerra. La metodología cualitativa estará basada en la revisión de la literatura, mediante la lectura de artículos en revistas y páginas web y libros escritos sobre la materia. El trabajo comenzará con un primer análisis de la situación económica anterior a la guerra, para entender los factores económicos que influyeron en la misma, haciendo hincapié en la situación concreta de Alemania. Para ello, he investigado en numerosos artículos disponibles en internet. Luego continuaré con las causas más evidentes pero no por ello menos importantes: el colonialismo, imperialismo y la carrera armamentística, seguida de las alianzas estratégicas y acabando con las causas sociales patentes en la época.

Para la investigación de estos últimos apartados, utilizaré la revisión de la literatura apoyándome en cuatro libros: *1914, De la paz a la guerra* por Margaret MacMillan (2013), *Historia universal, las guerras mundiales* por Editorial Salvat (2004), *Modern World History*, Ben Walsh(1996) e *Historia universal, siglo XIX*, Luis Palacios Bañuelos

1.3 Antecedentes lejanos, tambores cercanos.

“Europa hoy es un barril de pólvora y sus líderes son como hombres fumando en un arsenal. Una simple chispa desatará una explosión que nos consumirá todos. No puedo decirles cuándo tendrá lugar la explosión, pero sí puedo decirles dónde: alguna maldita estupidez en los Balcanes la desatará”.
¹(Otto Von Bismark, 1878)

Si en estas palabras pronunciadas por el Primer Ministro de Prusia, el legendario Otto von Bismark, encontramos una premonición apocalíptica en toda regla, más interesante y necesaria resulta su consideración si descubrimos que ya habían salido de su boca en 1878, o, por decirlo de otra manera, exactamente treinta y seis años antes de que la Primera Guerra Mundial estallara en Sarajevo (la chispa por él vaticinada) y extendiendo poco a poco su horror hasta un ámbito inimaginable lograra producir la mayor devastación humana y material que nunca antes a lo largo de la historia había alcanzado la ferocidad del hombre.

La chispa, decimos, porque el asesinato en Sarajevo del archiduque austrohúngaro Francisco Fernando, junto a su esposa Sofía, el fatídico 28 de junio de 1914 (un domingo cálido y soleado, relatan los cronistas) sigue siendo, en realidad, para la mayoría de los historiadores, nada más que la pequeña gota que desbordó el vaso de las profundas rivalidades entre las grandes potencias, ansiosas desde hacía mucho tiempo por hacerse con la hegemonía mundial para imponer su orden. En definitiva, chispa como sinónimo de la coartada y el pretexto buscado por unos y no rechazado por otros para echar el pulso que durante años, entre amenazas, diplomacias, mentiras e hipocresías se venía amagando y por fin sería el choque frontal.

Difícil resulta enumerar sucintamente los motivos exactos que explicaron el enfrentamiento. Citar de forma exclusiva los inmediatos y aparentes, como el militarismo, el colonialismo, el nacionalismo, las viejas rencillas y agravios, las revanchas pendientes, sería incurrir en una simplificación excesiva que estaría ignorando las ramas pequeñas del tronco. Muchos matices eran portadores de

¹ Von Bismarck, Otto. <http://www.curistoria.com/2014/07/cuatro-citas-sobre-el-comienzo-de-la.html>, 1878

la misma savia envenenada que desde las guerras del diecinueve habían encontrado en el pensamiento, unas veces, y otras en la reivindicación del pasado glorioso que debía dibujar un futuro luminoso, el cauce adecuado para saltar a escena reclamando protagonismo.

Los gallos de pelea, como Francia y Alemania, conocían de sobra sus fuerzas y flaquezas, pero con la entrada del siglo XX, otros actores, hasta ahora secundarios, enseñaban las uñas reivindicando su capacidad para abandonar las bambalinas y competir de una vez por todas con los grandes y hasta relegarlos a un segundo plano, humillándolos. Mientras Inglaterra iba perdiendo potencia, desangrada en el mantenimiento de su imponente imperio colonial, y Rusia se enredaba en sus dudas, al Japón que ya había dado muestra de su poderío y osadía se le unía ahora un país emergente de proyección imposible de cuantificar, que desde que se había consolidado como un monolítico Estados Unidos necesitaba enseñar su orgullo más allá de su continente.

“La muerte de 9 millones de seres humanos fue decidida por muy pocos, tal vez ni siquiera 9”, escribía lacónicamente años después de la tragedia un conocido periodista americano.

Pero para comprender a esos protagonistas, en lugar de acusarlos de irresponsables con mayúsculas, sería necesario conocer que sus perniciosas decisiones eran la consecuencia de recordar otras crisis que ahora, bien grabadas en las memorias, los obligaban a responder. Sin duda alguna la mecha llevaba mucho tiempo encendida y ninguno de los países se puede decir que considerara estrictamente inevitable el conflicto, más bien ocurría, como en otras ocasiones, que alguno de ellos aguardaba la esperanza de una conferencia o cumbre de última hora que antes de tomar las armas sellara la paz y mantuviera intocable el orgullo patrio.

La guerra se deseaba y a la vez se rechazaba, ni todo era belicismo ni todo pacifismo. Sin olvidar que acercamientos más o menos temporales y frágiles para pactos o alianzas, y alejamientos hostiles, se produjeron pensando en atacar y también en defenderse. El amigo de hoy podía ser el

enemigo de mañana porque prevalecía el miedo y la desconfianza mutua y ante esa amenaza había que estar preparados. ¿Quién atacaría, el otro o yo?

Tal vez el paso al frente dado por Gran Bretaña el 4 de agosto de 1914, ni un mes y medio transcurrido desde el magnicidio, fuera el definitivo camino sin retorno que alejó las últimas esperanzas de eludir la gran debacle, desastre que muy pocos, conscientes de la magnitud militar de los contendientes, y dudosos los expertos de la capacidad de los ejércitos para prolongar la contienda, imaginaban que se resolvería en el corto plazo, una cuestión de tan solo escasos meses.

Terminado el conflicto, acabada la masacre, horrorizados todos por la eficacia de sus respectivas capacidades destructivas, ningún país asumió la culpabilidad, proyectando la responsabilidad contra el enemigo, como es habitual entre seres humanos. Sin embargo, el paso del tiempo ha permitido determinar que algunos de los beligerantes sí pueden ser calificados de más culpables que los otros, no todos obraron con igual grado de insensatez y arrogancia, ignorando las consecuencias. La decisión del imperio austrohúngaro para vengar el asesinato de su archiduque, consistente en destruir de inmediato Serbia (decisión apoyada sin titubeos por su aliada Alemania), y la no menos impaciencia de Rusia por salir en defensa de su aliada Serbia, quizá expliquen la responsabilidad directa del inicio de la guerra, si bien es cierto que ni Gran Bretaña y Francia, menos animados a empuñar las armas, podían haber puesto bastante más de su parte para impedirla.

Que Francia no disimulaba la inquietud ante el vertiginoso crecimiento del poder económico y militar de Alemania, era tan constatable desde hacía tiempo como el recelo y miedo con que la propia Alemania miraba a la rearmada Rusia, necesitada de resarcirse de la derrota sufrida ante Japón en 1905. Y, por su parte, Gran Bretaña, beneficiados sus intereses coloniales por la circunstancia del mantenimiento de la paz, tampoco podía ocultar sus temores a que el continente llegase a estar dominado por una única potencia, algo impensable para quienes desde hacía décadas se habían acostumbrado a ser los dueños de un imperio de ensueño y la referencia absoluta del devenir mundial. ¿Y qué decir de la amenaza creciente del socialismo e incluso el

nacionalismo díscolo de parte de algunos territorios, como el empuje irlandés? ¿No podría ser la guerra, de nuevo, el aglutinante patriótico que anestesiará los fantasmas independentistas? ¿Y no fue estrambótico que muchos líderes políticos estuvieran flagrantemente desinformados de los planes bélicos diseñados por sus militares?

Llegado este punto, consideramos necesario recuperar en la memoria los años previos al conflicto y analizar, aunque sea someramente, las preocupaciones por el futuro que en cada país agitaban sus sentimientos.

La exposición de París de 1900 se había convertido para todos los países en un alarde de orgullo patrio, exhibiéndose en sus soberbios pabellones los progresos respectivos en todos los órdenes. El espectacular despliegue fue asumido como una demostración de fuerza, de progreso inimitable, de capacidad para sorprender y asombrar, detrás de la que subyacía un desafío implícito, la manifestación de una rivalidad latente a la que ningún país estaba dispuesto a renunciar ni en el estreno del nuevo siglo, para el que pensadores y soñadores vaticinaban el punto álgido de la civilización, el hito que justificaba tantos años de evolución. No en vano las artes militares eran expuestas como muestra de que las armas de destrucción masiva habían alcanzado un grado de sofisticación y eficacia paralelos al del amedrentamiento de quien osara enfrentarse a ella. El presuntuoso escaparate de sus avances tenía a veces más de amenaza que de simple demostración para el público visitante.

Pero también se constataba de diferentes maneras (espléndidas inauguraciones, cortesías almibaradas, discursos amistosos) un mensaje claro sobre la buena disposición de unos países para constituir alianzas con otros, excepto en la actitud de Gran Bretaña, cuyo conflicto en Sudáfrica había alcanzado una inesperada magnitud de gravedad lo suficientemente importante como para no sentir en ese momento tentaciones de pactos bélicos que pudieran comprometer su inmediato futuro, en el que encontraban un cierto nivel de debilidad. Por si fuera poco la confirmación de que allí, frente a los Boers, su ejército había obrado con notoria incompetencia y que la inteligencia militar había planificado la guerra incurriendo en graves y vergonzosos errores,

la inestabilidad en la grandiosa China no dejaba de angustiar a Londres. Con Japón, localizados por ambas partes intereses mutuos, se firmó en enero de 1901 una amistosa alianza que finalmente no satisfizo tanto a los británicos como preveían, deseosos de que el marco del pacto abarcara también a la India, y no solo al inmenso territorio de China. Antes, Alemania había demostrado una clamorosa indiferencia para ayudar a los británicos a defender allí su imperio. Pero al mismo tiempo, y desde una posición de cierta superioridad, los dirigentes alemanes aguardaban sin la menor impaciencia que ellos se convencieran de la conveniencia de llamar a su puerta solicitando alianza en el caso más que probable de que los arrogantes franceses y rusos decidieran finalmente repartirse Europa en dos mitades. El “satisfactorio aislamiento isleño” preconizado por el mítico primer ministro Salisbury empezaba a ser puesto en duda por sus sucesores, alarmados ante la decepcionante confirmación de que su poderío militar ya no era la amenaza de siempre, el respeto a su todopoderosa “Navy” empezaba a disminuir, su tradicional prestigio era tratado por muchos como abocado a la decadencia, y sobre todo porque de nada serviría negarse a jugar en un tablero de ajedrez que, les gustara o no, ya estaba colocado sobre la mesa ante la mirada atenta de los cada vez más pujantes estadounidenses.

El caso es que, de forma un tanto paradójica, la terrible guerra terminaría situando a alemanes y británicos en bandos enfrentados, cuando al mismo tiempo las semejanzas y las admiraciones mutuas habían sido resaltadas por unos y otros desde tiempo inmemorial, reivindicando la confluencia de sangres, valores, culturas y hasta de religiones. Pueblos a los que la historia había unido más que separado, afilaban las bayonetas en el verano de 1914, dispuestos a pisotearse y hasta aniquilarse, si una tregua no devolvía la paz de forma honorable para ambas partes.

2. Análisis de la situación económica anterior a la guerra

2.1 Segunda industrialización en Europa

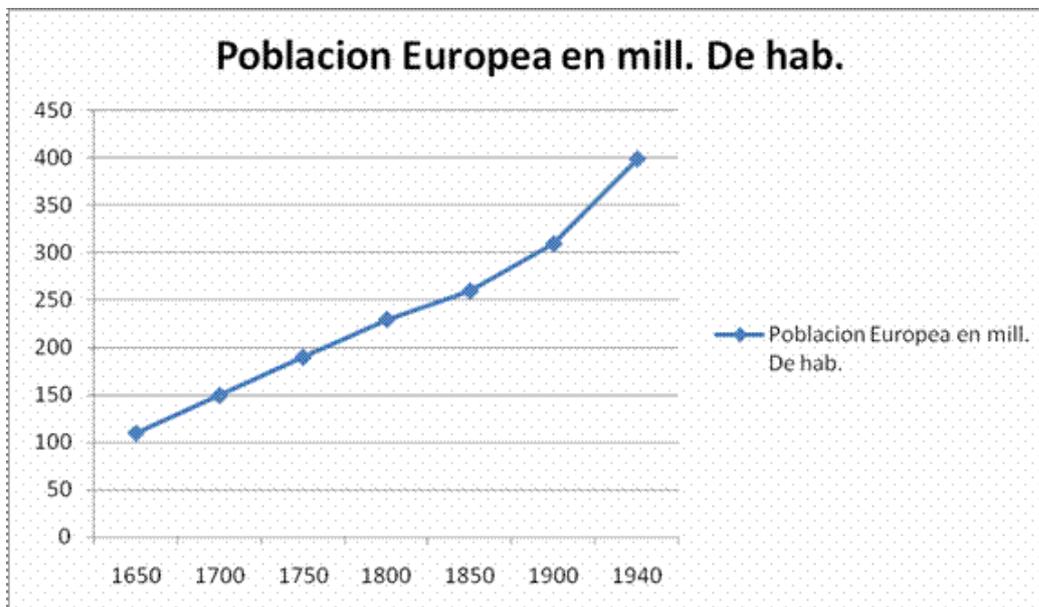
“Se conoce como revolución industrial el proceso de crecimiento económico que, entre las últimas décadas del siglo XVIII y mediados del XIX, experimentaron Gran Bretaña primero y luego Francia, Bélgica y Alemania. El proceso presentó dos características hasta entonces desconocidas: el aumento de la renta per cápita alcanzó una magnitud superior a cualquier otro anterior en la historia y se convirtió en sostenido”² (Escudero; 2008).

En 1870, se dará por cerrada la primera etapa de la revolución industrial, y comenzará la segunda fase. Pese a la multiplicidad de innovaciones, y al contrario que en la primera revolución industrial, el cambio tecnológico, la ciencia y la ingeniería, serán el apoyo para la sucesión de estos inventos, y las ruedas que llevarán al paso de la segunda revolución industrial

² Escudero, A. *Historia económica mundial* , Universidad de Alicante
<http://www.udc.es/dep/ecoapl2/esteco1/historia/RI.pdf>,

2.2 El crecimiento demográfico

Gráfico 1: crecimiento demográfico en Europa



Fuente:

Como se puede apreciar en el gráfico, la población europea en miles de habitantes creció más de un 300% desde mitad del siglo XVII a principios del siglo XX. Fue este increíble desarrollo demográfico la clave fundamental para que se produjese el inicio de la segunda fase de la industrialización, puesto que fue la causa y el motivo del exceso de mano de obra que se dio en los años anteriores a La Gran Guerra. Podemos ver cómo la población europea pasa de 100 millones de habitante a 250 millones en el año 1850, lo que supone un crecimiento anual del casi 0,50 por 100. La población europea a mitad del siglo XIX, que en su mayoría eran rusos y alemanes, se caracterizaba por seguir siendo todavía rural, con presencia constante de crisis alimentarias y enfermedades causadas por la falta de higiene: en Francia, un 70% de la población era rural y en Alemania un 63%. Estos porcentajes se redujeron a medida que se acercaba el final del siglo XIX. Junto a este cambio, los países europeos, cada vez más desarrollados, vieron acelerado su ritmo de crecimiento, gracias a las condiciones higiénicas, sanitarias y a la alimentación, circunstancias que propiciaron una notable disminución de la mortalidad en

todos los países. “Sin embargo, el elemento compensatorio del enorme crecimiento demográfico sería la emigración”³(Luis Palacios Bañuelos), puesto que cerca de 20 millones de europeos abandonaron el continente a finales de siglo, lo que explicaría en parte que la formación de núcleos urbanos, principal consecuencia de que el crecimiento demográfico, no fuese del todo definitiva. Este aumento de la población en las ciudades implicó también cambios sociales que se asentaron en la mente de los ciudadanos europeos y originaron la llama que se encendería antes de la primera guerra mundial, como la consolidación de la burguesía y la clase obrera.

2.3 La expansión del capitalismo y las innovaciones tecnológicas

En las ciudades se percibirá un cambio importante causado por esta segunda fase de la revolución industrial: En los grandes núcleos urbanos, como París, Londres o Berlín, las estaciones de ferrocarril pasarán a ser el centro neurálgico de la ciudad, por encima de edificios emblemáticos y simbólicos como las catedrales. Esta será la era de la burguesía triunfante, del capitalismo y de los nuevos cambios tecnológicos que vendrán de la mano de este desarrollo industrial. Las nuevas fuentes de energía pasarán a ser ahora el petróleo y la electricidad. Surgirán nuevos inventos como el motor de gasolina, el teléfono, además de la revolución aparejada a los transportes y las comunicaciones, fundamental para el desarrollo industrial y financiero, como el tranvía y el metro.

El nacimiento del nuevo capitalismo financiero y empresarial, que tomará impulso tras la gran depresión que afectó a todos los países, será el principal motor del desarrollo industrial. Para Juglar⁴, “la crisis económica estaría

³ Palacios Bañuelos, L. MANUAL DE HISTORIA CONTEMPORANEA UNIVERSAL (1920-2005) (VOL. II) (EN PAPEL), 2006

• ⁴ Juglar, C. Des Crises commerciales et leur retour périodique en France, en Angleterre, et aux États-Unis (1862)

definida por el punto superior de inversión que señala el paso de expansión hacia la depresión”. De aquí podemos concluir entonces, que la crisis que sufrió Europa entre 1873 y 1879 coincidió con los fenómenos que subrayaron la segunda revolución industrial y afectó a los países más industrializados, como la crisis textil en Gran Bretaña. A su vez, el ahorro nacional y la riqueza que se consiguieron a través de los nuevos procesos de industrialización propiciaron el movimiento de capitales y de inversión exterior.

Hubo tres períodos de inversión en el siglo XIX: un primero tras las guerras napoleónicas, el segundo, con la difusión del librecambismo, y el tercero, con la incorporación de nuevos países líderes en la industrialización y que pasarán a recibir inversión extranjera, gracias a los vínculos comerciales y políticos, como Alemania y Estados Unidos. La internacionalización del comercio supuso este aumento considerable de las inversiones europeas en todo el mundo, aunque la mayor parte de estas inversiones se destinaban al final a la propia Europa, excepto en el caso de Gran Bretaña, que invertía sobre todo en sus colonias y dominios, de acuerdo con su política de aislamiento. Por otro lado, este país se definirá a sí mismo como el “primer taller del mundo”, y es que sus políticas comerciales serán decisoras y propiciadoras del desarrollo industrial. Importará en mayor medida materias primas hasta mediados del siglo XIX, que será cuando empezará a importar alimentos en un 43% y manufacturas en un 17%.

Gran Bretaña siempre había conseguido ventaja sobre el resto de las naciones en términos de industrialización, y esto se aprecia también en la exportación del carbón, materia prima estratégica y clave para el desarrollo industrial. Vivirá una época como economía dominante en Europa, pero este auge se ralentizará con la industrialización de otros países como Alemania y Estados Unidos. Gran Bretaña destacaba también por seguir una política comercial librecambista, factor de modernización que permitía importar materias primas clave, como el carbón y el petróleo, y exportar productos manufactureros a países más atrasados, de los que se importaban estas

materias, posibilitando así que estos países pudiesen subirse al carro de la industrialización. Ejemplos de estas prácticas seguidas por Gran Bretaña, que no son sino un desarrollo de los principios teóricos de Adam Smith, David Ricardo y Stuart Mill, será la “Abolición de la ley de granos en 1846” y la reducción de aranceles y el establecimiento del libre comercio en 1860 a través del “Tratado comercial entre Gran Bretaña y Francia”.

Como consecuencia de esta internacionalización del comercio, dentro de los países europeos se producirá un nítido desequilibrio, puesto que el desarrollo industrial, al ser más fuerte en unos que en otros, producirá desfases y diferencias entre países industrializados y aquellos que únicamente proporcionaban materias primas y consumían casi obligatoriamente los productos que provenían de las grandes metrópolis

En síntesis, podríamos decir que con el desarrollo de los flujos de comercio internacionales a finales del siglo XIX se empezarán a apreciar los primeros atisbos de la globalización.

2.4 El sistema financiero y monetario de finales del siglo XIX

En primer lugar debemos hablar del papel internacional de la libra, puesto que tiene una relación imborrable con la revolución industrial y técnica que se dio en Europa y en un comienzo en Gran Bretaña. Gran Bretaña, comenzara a producir y a comercial de manera mundial, ayudado por las numerosas colonias de las que será dueña. Para impulsar este comercio, tendrá que recurrir a la banca, que se expandirá y crecerá de forma fastuosa a lo largo del siglo XIX:⁵” El crecimiento de los "overseas" and "foreign banks" fue espectacular: había diez en la City en 1842, sesenta en 1867 y ciento treinta y cinco en vísperas de la Primera Guerra Mundial”.⁶

Gráfico 2: Origen de las inversiones internacionales en el siglo XIX

⁵. Michel Lelart, El Sistema Monetario Internacional, Editorial: La Marca I.S.B.N : 8448300866, 27/08/1997

<i>Principales inversores</i>				
<i>(miles de millones de dólares corrientes)</i>				
	1840	1870	1900	1913
Reino Unido	720	3.850	12.500	20.300
Francia	300	2.500	5.200	9.000
Alemania	-	-	3.600	4.700
Países Bajos	200	500	1.100	1.200
Europa	1.600	8.800	26.000	40.000
Estados Unidos	-	100	700	3.500
Mundo	1.600	9.000	28.000	44.000

Fuente: Granados, O, <http://slideplayer.es/slide/319780/>

Como podemos ver en el gráfico, Gran Bretaña era el país europeo con mayor cantidad de dinero invertido de todo mundo, con un porcentaje ya a mediados del siglo XIX del 45%, y representando un 48% del total de las inversiones en Europa a comienzos del siglo XX. Esto se debe a que la red bancaria británica jugó un papel fundamental en el desarrollo del comercio exterior y en la utilización de la libra en todos los mercados internacionales. Gran Bretaña pasaría de esta manera a convertirse en la segunda mitad del siglo XIX en el líder económico mundial debido a su supremacía en el comercio internacional, y a la centralización del sistema financiero internacional del patrón oro en Londres.

Antes de pasar a explicar el patrón oro, sistema monetario que fija el valor monetario de una unidad monetaria en términos de una determinada cantidad de oro, y que imperó durante el siglo XIX como base del sistema financiero internacional, voy a explicar las dos alternativas de sistemas monetarios de la época: El primero, el sistema bimetálico, que basa el valor de la moneda de un país en el valor de dos metales, el oro y la plata. Por otro lado, el sistema monometálico, que fijará el valor de una moneda basándose solo en un metal,

la plata o el oro. Gran Bretaña era el único que no tuvo más que el patrón oro desde principios de siglo. Hasta los años 1870' existirán estas tres zonas monetarias: bimetálicas, y dos áreas monometálicas, el área de la plata y área del oro.

El patrón oro surgirá como consecuencia del uso de monedas de oro como medio de cambio, sin embargo, no será hasta 1819 cuando tendrá su reconocimiento como “institución legal”, con la aprobación en el parlamento británico de la “Resumption act”, mediante el cual se reconocía y reanudaba el uso del patrón oro como tipo de cambio fijo entre dos pares de divisas. A lo largo del siglo XIX, veremos cómo países como Alemania, Japón y Estados Unidos adoptarán también este sistema de patrón oro, institucionalizando así los vínculos entre sus monedas y el oro. Durante este periodo en el que predominó el patrón oro (mediados del siglo XIX hasta la primera guerra mundial), deberá agradecer su estabilidad, como aseguraba Eichengreen⁷, a la estabilidad internacional, y al periodo de expansión del capitalismo industrial.

Gráfico 3: Crecimiento PIB per cápita desde 1850 a 1913



Fuente: Maddison Project. <http://www.ggdcd.net/maddison/maddison-project/pub.htm>

⁷ Eichengreen, B. La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional. Ed. Antonio Bosch, Barcelona, 2000.

Como vemos en el anterior gráfico, en el periodo que estamos analizando, la estabilidad internacional que precedió a la guerra se ve en el desarrollo del PIB per Cápita de los países analizados, y es que este periodo anterior a la primera guerra mundial, y que se muestra en el cuadro, coincide con el inicio de la II Revolución Industrial que supuso. Como ya hemos explicado anteriormente, una etapa de desarrollo y crecimiento económico.

Sin embargo ¿De que sirvió y que significó el patrón oro en esta etapa?- Fue el primer intento de compatibilizar las finanzas internacionales después de la revolución industrial. De esta forma, el sistema de tipos de cambio fijo fijaba las políticas tanto monetarias como fiscales de los países que formaban parte de este sistema patrón oro, a la libra esterlina (al ser la economía que lideró este sistema Gran Bretaña), hasta su caída en la primera guerra mundial.

La posición de GB en el comercio internacional, por tanto, influiría en el uso de la moneda inglesa por parte de los agentes que intervenían en el mercado internacional y también en la posterior incorporación del resto de países se al patrón oro. De esta forma, la segunda revolución industrial convirtió a GB, el país que tenía desde un inicio el patrón oro, en potencia económica mundial, y tras sumarse a este sistema de patrón oro la segunda potencia económica, Alemania, los incentivos para que el resto de países se convirtiesen a este sistema se vieron reforzados. Así, la libra esterlina pasaría a ser el patrón de referencia del resto de economías y al estar ligada al oro, el resto de monedas quedarían también enlazadas a él.

Siguiendo el razonamiento de Eichengreen de la necesidad de estabilidad internacional para mantener el sistema patrón oro, la vigencia del patrón oro se verá suspendida con el estallido de la primera guerra mundial, puesto que los gobiernos necesitarán crear un exceso de dinero fiduciario para financiar el coste de la guerra, sin tener la capacidad para respaldar esas cantidades creadas con existencias de oro.

El sistema financiero

Los bancos serán indispensables para asegurar la acumulación de capital necesaria para el nacimiento y crecimiento de la revolución industrial. Siendo la cuna de su nacimiento Inglaterra, ya desde principios del siglo XIX se emitirán préstamos desde Londres por parte de países Europeos, y es que el ahorro británico permitirá financiar inversiones a lo largo del mundo.” En los cuarenta años que precedieron a 1914, el 40 % del ahorro británico, que representaba en sí mismo el 25 % del producto nacional bruto, se encontraba colocado en el extranjero”⁸

Gráfico 4: Inversiones de GB en el extranjero a comienzos del siglo XX

Table 11.2

British Overseas Investment, 1907-1913

Area	Amount (£ million)	Share (%)
New World empire	319	28
Canada and Newfoundland	254	
Australasia	65	
United States	164	15
Latin America	268	24
Argentina	118	
Brazil	88	
Mexico	34	
Chile	28	
<i>New World empire, United States, and Latin America</i>		67
Other empire	163	14
China and Japan	50	4
<i>Other empire, and China and Japan</i>		18
Europe	49	4
Russia	46	4
<i>Europe and Russia</i>		8
Miscellaneous foreign	68	6
Total	1,127	100

Fuente: Taylor and Williamson (1994)

Como podemos ver en esta tabla, de principios del siglo XX, Inglaterra tenía invertido casi un total de 1200 millones de libras en el extranjero, tanto en Estados Unidos, como Latinoamérica, Australia y Canadá, China Japón(67%

⁸ AGLIETIA, M., La Fin des devises clés - Essai sur la monnaie internationale, La Découverte, col. Agalma, París, 1986.

de la inversión total) y en menor medida países europeos (un total de 68 millones). Es decir, GB invertirá en el exterior la mitad de su ahorro neto, y es que casi el 82% de sus inversiones estaban destinadas al extranjero.

Por otro lado, surgirán diversos tipos de banca privada: la banca comercial, la banca de inversión y la banca mixta. De esta manera, el dinero metálico comenzara a verse sustituido por el dinero bancario, y consecuentemente el billete o papel moneda producirá la disociación entre el valor real y nominal del dinero. El sistema basado en el papel moneda es un sistema fiduciario puesto no existe metal suficiente para convertir todo el dinero bancario. Sin embargo, sí que estaban obligados a tener unas reservas metálicas suficientes para convertir los metales en oro a la paridad fijada. Sobre todo peligraban los bancos que financiaban sus préstamos con los depósitos bancarios, porque eran vulnerables a la retirada masiva de depósitos. Esta vulnerabilidad ponía en peligro al sistema financiero y justificaba la actuación del Banco Central como prestamista de última instancia. Para evitar el suspenso de la convertibilidad, era necesaria la actuación de los bancos centrales y de la aplicación de sus “reglas del juego” fundamentales.

En cuanto a la balanza de pagos, “Registra las transacciones entre los residentes de un país y los del resto del mundo, con independencia de su nacionalidad”⁹, (balanza por cuenta corriente + balanza de capitales + reservas), era un elemento clave para entender cómo funcionaba los pagos internacionales en el siglo XIX. El principal problema era el posible desequilibrio que pudiese surgir en los países europeos en esta balanza, tanto por déficit como por superávit, puesto que para superar el déficit de la balanza, era necesario que los países acudiesen a sus reservar, pidiesen un préstamo al exterior o ajustasen sus variables económicas internas. Por otro lado, el superávit de la balanza, suponía un aumento de la entrada de capitales y de las reservas del país, y un exceso supone capital inactivo.

⁹ <http://www.ine.es/metodologia/t35/t35a12266.pdf>

Centrándonos en Gran Bretaña, las importaciones fueron a la par que las exportaciones de esta manera, nunca sufrió de déficit puesto que siempre estaba compensada por la entrada de capitales derivados de los dividendos e intereses de su inversión exterior. Además, con sus inversiones externas, proporcionaba liquidez al sistema de pagos internacionales.

2.5 El Desarrollo económico alemán

Para entender y adentrarnos más en el contexto del estallido de la primera guerra mundial, analizaremos el espectacular desarrollo alemán con la segunda industrialización, anterior a la guerra.

“El imperio alemán proclamado en el Salón de los Espejos de Versalles el 18 de enero de 1871, estaba compuesto por cuatro reinos (Prusia, Baviera, Württemberg y Sajonia), seis grandes ducados, cinco ducados, siete principados, tres ciudades libres (Hamburgo, Bremen y Lübeck) y las provincias imperiales de Alsacia y Lorena. Estas 26 unidades eran muy diversas; por encima de todas destacaba Prusia cuya extensión y población eran mayores que las del resto del Imperio junto. Al frente de toda esta estructura estaba el emperador, "káiser" -título que recaía en el rey de Prusia-, quien delegaba el poder civil en un canciller -nombrado por él y responsable sólo ante él-, y el poder militar en un Estado mayor” (Córdoba Zoilo;2013).¹⁰

Bismarck fue nombrado Canciller por el Káiser Guillermo I en 1862, obteniendo así el poder civil del todavía no imperio alemán hasta su posterior destitución en 1890, tras la subida al trono del nuevo heredero al trono Guillermo II, tras la muerte de su abuelo y padre en el mismo año. Recién aterrizado en el mundo de la política, Bismarck siempre tuvo claro como objetivo prioritario y plan de gobierno, el obtener la hegemonía de Alemania en el mundo, y para ello, era necesaria la unificación de los estados alemanes.

¹⁰ Córdoba Zoilo, J., <http://www.artehistoria.com/v2/contextos/2666.htm>, , 2013

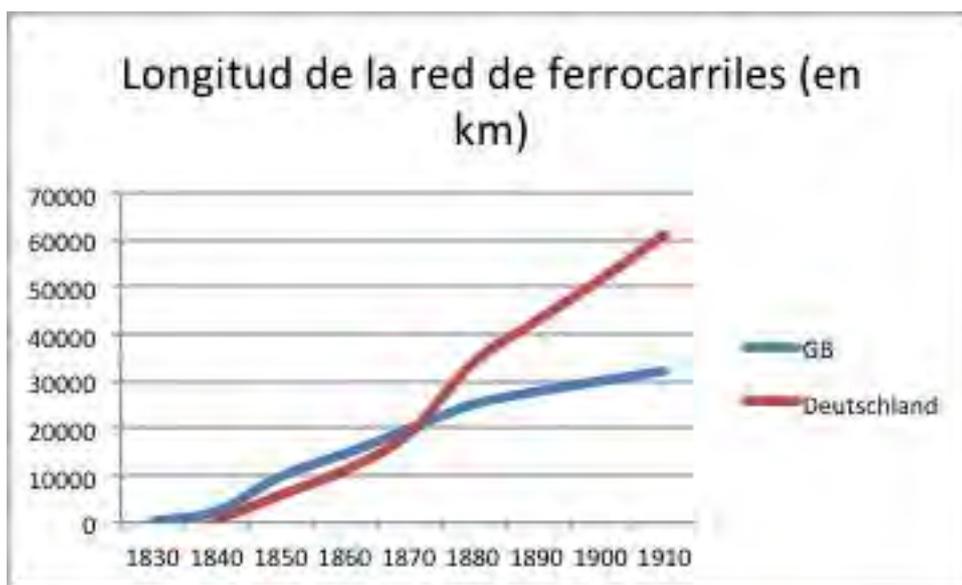
Para ello, reorganizó y reforzó el ejército prusiano, y embarcó a Prusia en tres enfrentamientos bélicos que culminarían en la unificación de los estados confederados: La guerra de los ducados en 1864, la guerra austro-prusiana en 1866 y la guerra franco-prusiana en 1870. Se puede decir que la unificación alemana fue, por tanto, resultado del artífice de decisiones que tomó “El Canciller de Hierro”. Sin embargo, para conseguir la unificación, se necesitaría de algo más que conflictos bélicos: Bismarck siguió una política interior que se basaría en tres grandes cuestiones: el problema con los católicos (el llamado “Kulturkampf”), su lucha contra el partido socialdemócrata, y el proteccionismo económico. En 1869 se creara el partido socialdemócrata de trabajadores, formado por hombres que comenzarán a reclamar sus derechos y mejoras en las condiciones de trabajo. La vida de los trabajadores, como en todo el mundo de esa época, era dura. En las fábricas de acero se operaba 12 horas diarias y 80 horas semanales. No estaban garantizados ni descanso, ni vacaciones. Se unirán de esta forma las voces de hombres oprimidos, unidos con el propósito común de acabar con el estado burgués, y cuya agitación será potenciada con la revolución industrial y la revolución francesa, culminando en la revolución de marzo de 1848 en los estados alemanes, con la que conseguirán la creación del parlamento imperial.

En el ámbito económico, podemos decir que es a finales del siglo XIX cuando se consolida y surge el gran coloso industrial alemán. La unificación política de 1871, y el enclave de círculos políticos, financieros y científicos de un país en auge, potenciarán el desarrollo industrial en Alemania. Clara causa del auge industrial que vivirá Alemania será la increíble expansión demográfica que sucederá a finales del siglo XIX: la población pasará de una cifra de 36 millones de habitantes a mediados del siglo XIX, a un total de 56 millones entrando en el siglo XX. Esto derivaría sin duda en la necesidad de un mercado de trabajo y de movilidad de mano de obra, indispensable para que se llevase a cabo la revolución industrial-

Esta revolución se extenderá hacia la industria y el comercio internacional. Sin embargo, el paso decisivo y el que puede decirse

que fue el germen de la industrialización en la nación fue el establecimiento del Zollverein, “la unión aduanera entre todos los estados de la Confederación Germánica, creada en 1834, fue el primer paso hacia la unificación del país, puesto que alentó la formación de un mercado único y la supresión de la multitud de fronteras que separaban a los estados alemanes” ¹¹(Claudio Pellini). Esta fue la forma que tuvo Prusia de empezar creado al menos un sentimiento económico común entre los diferentes estados, fomentando el desarrollo industrial, y propiciando así un carácter nacional para hacer frente a la competencia británica. Para ayudar a este proyecto iniciador de lo que sería la unificación, se desarrolló la red ferroviaria. Este medio de transporte fue el cohete de despegue, ya que gracias a la creación del Zollverein, supo traspasar las dificultades existentes antes de la unión aduanera

Gráfico 5 : Red de ferrocarriles en GB y Alemania siglo XIX



Fuente:

Como podemos apreciar en este gráfico, en 20 años Alemania pasó de tener 20.000 kilómetros de ferrocarriles construidos a casi 70.000 en el año 1900. Se entiende que esto propiciase y fomentase la industria y el comercio en Alemania, ya que, aprovechando la red fluvial natural del norte y por

¹¹ Pellini .C. http://historiaybiografias.com/revolucion_industrial6/

supuesto, la gran arteria del Rin, se consiguió por un lado que aumentase la circulación interna de las mercancías, aumentando así el mercado interno y la movilidad de mano de obra y por otra parte, ayudo a impulsar la minería y la siderurgia a través de integraciones verticales.

Fundamental para mantener el tamaño de las unidades productivas y el avance técnico y científico propio de esta segunda revolución industrial será la creación de un moderno sistema bancario. Financiarán las grandes industrias, grupos como Diskontogesellschaft y el Darmstädte. Al mismo tiempo, se desarrollará la bolsa y empezarán las primeras constituciones de empresa bajo la forma anónima.

Esta expansión se puede explicar y entender mejor centrándonos en el terreno industrial, ya que el relanzamiento industrial alemán, con base en la unificación del mercado, hace referencia a la producción de hierro y carbón a mediados del siglo XIX, ayudada por el acceso a los recursos naturales, el boom tecnológico y como ya hemos explicado, la construcción de las líneas de ferrocarril.

Como vemos en esta tabla, que representa la producción de carbón desde mediados del siglo XIX a comienzos del siglo XX:

Tabla 6: Producción de carbón a finales del siglo XIX

Países Europeos	1850	1860	1870	1880	1890	1900
<u>Alemania</u>	N.A	16.731	N.A	59.118	82.291	149.788
<u>Francia</u>	4.434	8.300	13.400	19.362	26.083	33.404
<u>Reino Unido</u>	57.500	81.322	N.A	149.021	184.529	228.784

Fuente:

La producción de carbón casi se multiplicó por cinco en 30 años. “*la producción alemana de carbón en las minas de Ruhr, del Sarre y Alta Silesia, en 1820 alcanzaron en conjunto cerca de un millón de toneladas, para luego pasar a seis millones en 1850*”¹² También, la producción de acero se multiplicó por doce en 30 años. El crecimiento es evidente.

Por otro lado, las exportaciones se multiplicaron por tres y las manufacturas por cuatro durante este auge industrial. “Hasta comienzos de la década de 1890 las exportaciones alemanas se componían fundamentalmente de productos textiles y bienes de consumo. Sin embargo, en pocos años, coincidiendo con el cambio de siglo, el balance de dichas exportaciones había sufrido una transformación radical en favor de los productos procedentes de la industria pesada. Así, una amplia gama de metales, en particular el acero y los metales no ferrosos electrolíticamente refinados, todo tipo de maquinaria y los productos químicos, se convirtieron en la base de las exportaciones alemanas. Así, antes del comienzo de la primera Guerra Mundial, en el año 1913, Alemania se había convertido en el mayor exportador mundial de productos químicos y de maquinaria, entre los que destacaban en especial los producidos por la industria de material eléctrico. La industria química llegó a exportar durante los primeros años del siglo XX casi un tercio de su producción¹³ (Nahm, G, 1997)

La política económica alemana, además de ser agresiva, seguirá una línea proteccionista para proteger este recién nacido imperio, como respuesta a la crisis económica europea de 1873 y para fomentar el nacionalismo y prestigio internacional alemán, pero fomentando la exportación y la conquista de mercados por todos los medios posibles. Así, los alemanes van a sustituir a los ingleses como abastecedores del resto de países europeos. Esta corriente de ideas surgirá en Estados Unidos con A.Hamilton, y en Alemania con F.List. Consideraban que la modernización de la industria se podía conseguir a través

¹² <http://revolucion-industrial.es.tl/Expansi%F3n-4.htm>

¹³ Nahm G, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona [ISSN 1138-9788].Nº 1, 1 de marzo de 1997)

de otra política comercial que no fuese el librecomercio, puesto que los países menos desarrollados necesitaban protegerse de su competencia más fuerte. De esta forma, Bismark impulsó una política comercial de proteccionismo: *“Doctrina económica que concede sentido económico a las fronteras políticas de los Estados nacionales y se muestra partidaria de proteger las producciones nacionales de la competencia extranjera por medio de derechos de aduana y demás restricciones a las importaciones. Los argumentos a favor del proteccionismo esgrimidos por sus defensores son también múltiples: razones de seguridad nacional e independencia económica, alcanzar un nivel de desarrollo industrial mínimo, imposible inicialmente sin algún tipo de protección o tutela, superar desequilibrios crónicos de la balanza de pagos, conseguir un desarrollo económico armónico entre las diferentes regiones del territorio y áreas de la actividad económica”*¹⁴ (Enciclopedia de Economía, 2006-2009)

Para ello, aprobó un arancel en 1879 que defendía productos nacionales alemanes frente a las importaciones extranjeras, acabando así con la política de librecambismo en Alemania, y asemejándose a una política que seguiría el resto de países europeos, como España, para defenderse de la competencia de Estados Unidos y Rusia y conseguir cierta independencia económica respecto a la cámara baja del parlamento, gracias a los ingresos que obtendría tas recaudar estos derechos de aduanas.

*“En síntesis, la rápida industrialización de Alemania se debió básicamente a las iniciativas estatales en el campo económico, sumado a la presión demográfica vivenciada, los recursos naturales y la puesta a punto de una extraordinaria red de vías de comunicación”*¹⁵ (Historia y biografías). Así se empieza a entender el impactante progreso económico que tuvo Alemania precediendo a la primera guerra mundial. Gracias a la unificación, tan perseguida por Bismarck, de los 39 estados independientes, se produjo la extraordinaria sinergia que llevaría a esta deslumbrante expansión económica

¹⁴ <http://www.economia48.com/spa/d/proteccionismo/proteccionismo.htm>,2006-2009)

¹⁵ Pellini, C. http://historiaybiografias.com/revolucion_industrial6/

y a la transformación del imperio alemán en potencia mundial, permitiendo así en el corto tiempo, dominar el continente europeo.

3. Armamentismo, colonialismo: un pulso a cuatro bandas.

Para entender el pensamiento alemán y su actitud con Europa es necesario recordar que tras la dimisión de Bismarck, Guillermo II no tardó en dar muestras de un concepto de reinado bastante anacrónico, destacando su particular atracción por las fuerzas armadas, una actitud que no agradaba demasiado a la población civil, al comprobar que sin el menor pudor hasta designaba a militares como representantes gubernamentales o diplomáticos. En esa línea, una de las decisiones que adoptó, con la ayuda de destacados conservadores, fue la de traer cuanto antes a escena al prestigioso Alfred von Tirpitz, almirante de la escuadra en China, nombrándolo Ministro de Marina y depositando en su dilatada experiencia la esperanza de que fuera capaz de llevar a cabo la política militarista que tanto deseaba. Si este personaje sería uno de los que con gran tesón contribuirían a lanzar a su país a la guerra, no mucha menos responsabilidad compartida en ese afán tendría el Bernhard von Bülow, que en paralelo fue elevado desde su flamante puesto de embajador en Roma al cargo de Ministro de Asuntos Exteriores. Ambicioso y taimado, Bülow promovió la unificación de las fuerzas nacionalistas y conservadoras en apoyo de la corona, socavando al mismo tiempo el ímpetu del movimiento socialista, con la firme idea de alentar el orgullo patriótico alemán, cuyo vigor ponía en duda en coloquios y discursos buscando hábilmente la reacción ciudadana. Para poner en marcha sus ambiciosos planes, Bülow contó con la valiosa colaboración del inteligente Von Holstein, un hombre de no menos capacidad para la intriga que prefirió esconderse en las sombras sabiendo que desde esa oscuridad manejaría los hilos del poder a su conveniencia.

Al margen de estos dos impulsivos personajes, en Alemania se fue instalando poco a poco el sentimiento de que el extraordinario crecimiento económico del país, la vertiginosa expansión de la inversión y el comercio por todo el mundo, y los espectaculares avances de la ciencia, debían traer aparejado un unánime reconocimiento mundial que aumentara su prestigio. El conformismo no debía existir en su vocabulario. Pero si bien para los liberales

esa ambición se traducían de forma nítida en alcanzar el liderazgo moral, en cambio para los nacionalistas de derechas – y esto incluía al káiser y sus más cercanos asesores y a los numerosos integrantes de las sociedades patrióticas – tan incontenible pujanza significaba de forma incontestable lograr el poderío político y militar absoluto, sin renunciar, si fuera necesario, a expresarlo mediante una guerra con las potencias rivales.

Y si el militarismo se iba imponiendo como filosofía, no menos sensibilidad despertaba el asunto del colonialismo, aceptándose de forma muy extendida en todas las capas sociales que la extracción de las riquezas naturales de los territorios conquistados y sus posteriores beneficios eran una aspiración irrenunciable para continuar creciendo como nación. De ningún modo se podía tolerar que un gran país como Alemania no poseyera ni su India, como los británicos, ni su Argelia, como los franceses, y ni tan siquiera el Congo, cuya propiedad y descarada explotación estaba en manos de una potencia tan irrelevante como la pequeña Bélgica.

¿Pero de dónde iban a salir las colonias si el mundo ya estaba repartido entre las grandes potencias? Una posibilidad, en principio atractiva y de las pocas alcanzables, era hacerse con el decadente imperio otomano, y para conseguir su objetivo a los alemanes se les ocurrió concederles créditos y mejorar las comunicaciones, construyendo nuevos ferrocarriles. También se tanteó China y hasta se intentó la compra de las Islas Vírgenes a Dinamarca, hasta que un lúcido Guillermo, incrédulo ante el beneficio de semejantes aventuras, se opuso frontalmente a este plan que hubiera arrastrado a su país a una disputa innecesaria con los Estados Unidos e incluso posteriormente con los ingleses.

Pese a estas actitudes erráticas sobre el potencial expansionista, en el cerebro de Guillermo seguía ocupando un preeminente lugar el firme convencimiento de que conseguir dotarse de una gran armada era objetivo prioritario, recordando, tal vez, sus muchos días de vacaciones estivales en la Gran Bretaña de su familia, cuando la “Navy”, cuya exhibición pudo comprobar en varias ocasiones, le producía una admiración que ni con el transcurso del tiempo llegó a disminuir.

Pero el maldito Reichstag se oponía a su afán armamentístico entorpeciendo una y otra vez sus propuestas. Ni los socialistas, cada vez más numerosos, ni una minoría relevante de liberales y conservadores, estaban dispuestos a aceptar la inmensa financiación que suponía lo que algunos denominaban delirios de grandeza. Hasta que el enérgico Tirpitz, tan impetuoso como seductor en sus ampulosos argumentos, logró imponer su tesis de que la gloriosa marina alemana se encontraba obsoleta, tanto en lo referente a medios materiales como a su planificación estratégica, y valiéndose de su incontenible tenacidad persuadió a unos y a otros de la imperiosa necesidad de sustituir los navíos ligeros de muy escaso blindaje por acorazados gigantes y cruceros blindados. Sin embargo, el hecho de que en los bien hilvanados razonamientos de sus planes, Tirpitz afirmara sin reparos que el enemigo indiscutible de Alemania era Gran Bretaña, no suponía odio a este país, sino la urgente necesidad de enseñar las uñas. Una nueva ley naval resultaba imprescindible, en todo caso, para hacerle saber a los ingleses que la armada alemana era mucho más que un mero poder defensivo. Si bien en sus cálculos, de los que se jactaba como casi infalibles, el tiempo le demostraría no mucho después que se había equivocado escandalosamente en la reacción que esperaba de ellos.

Con habilidad fue convenciendo al káiser y a Bülow de su especial teoría, consistente en hacerle saber a Gran Bretaña que el coste de atacar a Alemania les resultaría demasiado alto. La disuasión se basaba en que el rival comprendiera que sus propias pérdidas, tanto si vencieran como si fracasaran en un hipotético enfrentamiento, alcanzarían tal magnitud de destrucción que recapacitando no se atreverían a afrontar la guerra. Su poder en los mares resultaría lo suficientemente disminuido como para que su hegemonía naval, y por tanto la imperial, quedaran peligrosamente mermadas. Y ese lujo no se lo podrían permitir los orgullosos británicos, razón por la que se verían abocados a un forzado entendimiento, sin descartar que incluso llegaran a la conclusión última de que su incorporación a la triple alianza pudiera serles muy útil: “el tradicional pragmatismo les recordaría el viejo axioma de que a veces es mejor hacerse amigo del enemigo que plantarle cara”.

Una segunda ley naval de Tirpitz, promovida en 1900, incrementó con carácter definitivo el recelo del gobierno británico, como confirmaban las palabras de lord Selborne, homólogo de Tirpitz: “La armada alemana está muy bien estructurada, con miras a una nueva guerra con nosotros, no lo olvidemos”.

Lo que nunca fueron capaces de entender ni Tirpitz ni el propio káiser es que la “Navy” era para los ingleses mucho más que un poderío militar. Como resumía el almirante Fisher: “El Imperio flota sobre nuestra gloriosa Royal “Navy””. Si Gran Bretaña dejase de controlar los mares, ¿no estaría ya para siempre a merced de quienes lo consiguieran?, ¿y qué pasaría con los ciudadanos ingleses si se interrumpiera el suministro marítimo de alimentos a la isla?”. Básicamente estas dos preguntas explicaban el hecho de que durante los veinte años anteriores a 1914 el presupuesto de defensa británico suponía la desmesurada cifra de un cuarenta por ciento del total, una proporción mucho mayor que la aceptada por los alemanes para su vigoroso expansionismo militar.

El contrapunto de Tirpitz en Inglaterra fue el mencionado almirante Fisher, llevando a cabo, sobre todo a partir de 1904, una remodelación tan profunda de la “Navy” que le granjeó no pocos detractores, asombrados ante decisiones de envergadura mucho mayor que la reestructuración del escalafón (amarga para los altos mandos), como la que suponía el paso a dique seco de más de ciento cincuenta barcos, por obsoletos y, sobre todo, el retorno a los mares de la isla de la mayor parte de la flota (las tres cuartas partes), cuya presencia consideraba indispensable para la supervivencia del pueblo inglés, máxime cuando se iba sabiendo que la flota alemana estaba diseñada para actuar en el mar del Norte. Trayendo los barcos a las puertas de casa, Fisher cumplía la vieja recomendación de Nelson: “El campo de batalla de nuestra armada debe ser el que utilizamos como campo de entrenamiento”, si bien esta alteración estratégica, calificada por algunos compañeros de verdadera locura, supuso un inmediato cambio de posiciones para salvaguardar las colonias.

4. Triple Entente versus Triple Alianza. El polvorín marroquí y Los Balcanes.

Llegado agosto de 1907, *Triple Entente* fue el nombre que se dio a la consumación definitiva de la alianza franco-rusa-británica que vino a completar a la Entente Cordiale, o tratado franco-británico, firmado en abril de 1904. El objetivo de esta unión era contrarrestar a la *Triple Alianza* que ya se había establecido en 1882 como pacto defensivo entre Alemania, el imperio austrohúngaro e Italia y se venía renovando con regularidad por las tres naciones, circunstancia que levantaba suspicacia a los excluidos de tan leal amistad. Francia, que desde su derrota frente a Prusia en 1870 mantenía con Alemania una actitud inequívocamente hostil, había conseguido por fin la Entente con Gran Bretaña gracias a los esfuerzos diplomáticos de su Ministro de Asuntos Exteriores, Théophile Delcassé, convencido de que la supervivencia de sus respectivos países estaba en juego mientras el órdago lanzado por Alemania con su carrera armamentística continuara dando muestras de llevar la retórica de gestos y amenazas hasta el final.

La Triple Entente conformó un triángulo de cooperación que acabó presionando eficazmente a Alemania, hasta el punto de obligarla a provocar nuevas crisis internacionales (Balcanes, Marruecos) con el fin de resquebrajar el equilibrio conseguido por sus rivales, objetivo que en cierta medida logró, pues la Entente no se consolidó, como decíamos antes, comprometiéndose a no firmar tratado de paz o rendición sin el consentimiento de los otros dos aliados, hasta transcurridos casi tres meses del inicio de la guerra, concretamente hasta el 3 de septiembre.

Según hemos explicado, los primeros pasos de la Entente ya se habían empezado a recorrer muchos años atrás, concretamente entre 1891 y 1893, cuando las diplomacias francesa y rusa comenzaron a sellar pactos y tratados con cierta frecuencia, no por ello exentos de dificultades promovidas por la actitud autoritaria y absolutista de los rusos, si bien el pacto definitivo no se llegó a conocer hasta 1895. Como es evidente, el temor a Alemania fue el desencadenante de la alianza, que pretendía cubrir objetivos estrictamente

defensivos, según declaraban oficialmente ambos países para no caldear aún más el ambiente efervescente que recorría el continente, cada vez más desanimados los gobiernos ante la posibilidad de una paz prolongada que permitiera disfrutar del progreso alcanzado desde todos los ámbitos.

También los contactos entre Francia y Gran Bretaña venían de antiguo, cuando a mediados del diecinueve mostraban claramente su profundo desacuerdo ante la política autocrática desarrollada por el canciller austríaco Metternich. Y hubieran fructificado mucho antes de la fecha definitiva de 1904 si no fuera por la encarnizada competencia comercial y colonialista que los dos países se dirigieron en tierras de Asia y África. Pero la tenacidad de Delcassé, como hemos expuesto, y la buena disposición de Eduardo VII, monarca de reconocida francofilia, facilitaron la firma del acuerdo final.

La *Entente Cordiale* (dos declaraciones, un convenio y cinco artículos secretos), entre sus logros, puso fin a la disputa colonial en el África occidental, cuya base de negociación fue auspiciar como moneda de cambio el trueque Egipto-Marruecos. Consistió en que Inglaterra reconoció a Francia la libertad de acción sobre Marruecos (con excepción de la zona del estrecho, que consideraban vital para su estrategia), a cambio de poder actuar ellos con igual libertad en Egipto. Al mismo tiempo ambos países aprovecharon la oportunidad para resolver con provecho viejos litigios territoriales en Nigeria, Madagascar, Nuevas Hébridas y Siam.

No debe olvidarse un acontecimiento que obró de bálsamo para reducir las últimas reticencias rusas a incorporarse a la *Entente*. Nos referimos a la victoria de Japón en su guerra con Rusia, acontecida en 1904-1905. Esta circunstancia frenó las apetencias territoriales de los derrotados sobre áreas de Extremo Oriente y, a su vez, calmó los recelos de Londres, hasta entonces preocupada por ese afán expansionista que terminaría originándoles peligrosos conflictos de fronteras y prestigios.

Pero, así como el victorioso Japón, de forma indirecta, consiguió soldar la unión de los tres países, tampoco debe restarse importancia al obstáculo que supusieron para la solidez de la *Entente* los conflictos en Marruecos que ahora explicaremos. En marzo de 1905 Guillermo II había visitado Tánger, viaje que,

interpretado como una descarada provocación, elevó considerablemente la tensión entre franceses y alemanes, hasta el punto de situarlos al borde de la guerra. Un año más tarde se celebró la Conferencia de Algeciras, en la que participaron numerosas potencias, y se logró aliviar transitoriamente el riesgo de conflicto. Aunque se admitió la formal independencia de Marruecos bajo la soberanía del sultán Muley Hafiz, en realidad el territorio se mantuvo bajo la tutela francesa. En correspondencia se permitió el libre comercio a todas las potencias. España consiguió mantener sus aspiraciones sobre el norte de la cordillera del Rif y organizó formalmente el área como protectorado en 1912; Francia ya lo había hecho anteriormente con sus territorios. La primera crisis marroquí desató las alarmas ante un posible conflicto internacional, ya que un encontronazo entre Francia y Alemania hubiese supuesto una guerra de proporciones incalculables. La segunda crisis, en 1911, se originó tras la acusación alemana de que Francia había transgredido el Acta de Algeciras. El envío de un buque de guerra alemán, el Panther, al puerto de Agadir como medida de presión para hacer valer sus exigencias territoriales, desencadenó una segunda crisis internacional de mayor magnitud, si cabe, que la primera.

Francia, apoyada por Gran Bretaña, se doblegó finalmente a las pretensiones germanas, cediendo parte del Congo a cambio de gozar de total libertad de acción en Marruecos. Esta segunda crisis marroquí exacerbó los ánimos nacionalistas de franceses y alemanes y mostró a los políticos británicos la importancia que tenía para su país la independencia de Francia, por lo que, a partir de ese momento, Londres volvió a recuperar el interés por el establecimiento de un equilibrio de poder duradero en el continente europeo, a la par que, en diversas conversaciones entre militares franceses y británicos, se iba consolidando la creencia de que Francia no podría sobrevivir a una ofensiva alemana a través de las llanuras belgas sin la ayuda inglesa.

Y hablando de otros conflictos coloniales, aunque Francia no llegó a arrancar una promesa formal de apoyo en caso de esa hipotética incursión germana, sí consiguió que toda su clase política, primero los conservadores y después los liberales, se mostrara de acuerdo en aceptar la propuesta

gubernamental de un acercamiento anglo-ruso que pusiera término definitivo a los largos antagonismos entre ambos países sobre cuestiones territoriales de Asia Central, donde Gran Bretaña dominaba Afganistán y el Tíbet, mientras Rusia ocupaba una excelente posición en Persia, zona para la que planeaba construir un imponente ferrocarril hasta el mismo Golfo Pérsico.

Los británicos, inquietos ante ese plan, propusieron a los rusos un acuerdo de reparto: el norte y sur para cada uno, respectivamente. A esta idea se opusieron los militares rusos, hasta que su Ministro de Asuntos Exteriores, Isvolsky, mucho más realista que ellos en cuanto a reconocer su inferioridad respecto a los ingleses, los apaciguó proponiendo una solución intermedia, como era la expresa renuncia británica a continuar su política expansionista en el Tíbet.

El acuerdo se materializó finalmente de la siguiente forma: la zona del norte quedaría con Teherán bajo influencia rusa, la del sureste se reservaría para los británicos, y la del centro conformaría un área neutral que nunca sería ocupada por ninguno. Asimismo, Rusia se aprestó a reconocer los intereses especiales del Reino Unido en Afganistán y a mantener sus relaciones con Kabul únicamente a través de las autoridades británicas. En contrapartida, Londres se comprometió a mantener el protectorado de hecho sin consolidar oficialmente su dependencia.

En cuanto al Tíbet, los británicos hicieron algunas concesiones y prometieron evacuar el país, al que reconocieron formalmente sometido a la soberanía de China. Los acuerdos se completaron de forma definitiva con la renuncia rusa a cualquier revancha en el Lejano Oriente.

A lo largo del dificultoso proceso de aproximar posiciones, Francia, temerosa de quedarse en una situación incómoda en el caso de que el convenio no se materializase (como le ocurriría por ser aliada de ambos países), había enviado sus respectivos embajadores a Londres y San Petersburgo, con el fin de coadyuvar a llevar a buen puerto el acuerdo.

Como comentario final cabe decir que a la *Triple Entente*, tras el ataque austríaco a Serbia para vengar la muerte de su archiduque, se adhirió este país agredido y posteriormente lo hizo Bélgica, al comenzar a ser devorada por

Alemania. Cinco naciones, en suma, creyeron que en ese momento encontrarían su supervivencia si mantenían unidos sus ejércitos frente al enemigo común.

Por su parte, la *Triple Alianza* (Dreibund) fue, como ya hemos mencionado, el nombre que recibió la coalición entre Alemania y el imperio austrohúngaro auspiciada por Bismarck en 1882, a la que posteriormente se agregaría Italia, convencida de que su adhesión era el mejor camino para acceder al rango de gran potencia. Además estaba muy descontenta con la actitud francesa ante sus aspiraciones coloniales en Túnez y el Cuerno de África, si bien posteriormente surgiría un incómodo problema por los intereses contrapuestos sobre el dominio del Trentino entre Austria-Hungría y ella misma.

Estos tres países que conformaban la *Alianza* habían acordado apoyarse mutuamente, en caso de que sus fronteras, tal como tenían, fueran atacadas por Francia o Rusia. Paradójicamente, Italia, después de haber firmado varias veces el tratado hasta 1913, decidió dos años más tarde romper la coalición y pasarse a la *Triple Entente*, combatiendo al lado de los aliados. Ya incorporada a la nueva alianza, se le prometieron varios territorios a través del tratado de Londres que finalmente no fueron otorgados en la conferencia de París, lo cual generó un profundo descontento nacionalista (razón por la que Mussolini ingresaría en el Eje en la Segunda Guerra Mundial), mientras que el imperio otomano se unió a los imperios centrales.

Hemos hablado de la crisis marroquí como una causa de crispación internacional que a punto estuvo de originar una guerra de graves consecuencias, pero, como analizaremos a continuación, la crisis desatada en los Balcanes aumentó aún más el riesgo de encender definitivamente la chispa, convirtiéndose, en cualquier caso, en el verdadero prólogo del conflicto.

Desde el siglo XV Turquía había dominado incontestablemente los Balcanes, pero en el XIX, algunos pueblos eslavos que antes de la conquista turca habían sido independientes, lograron la segregación del Imperio Otomano apoyados por Rusia. Además de Grecia, que obtuvo la independencia en 1820, los nuevos estados (Bulgaria, Montenegro y Serbia) ansiaban aumentar las fronteras de sus territorios a costa de las posesiones turcas en Europa.

El 17 de octubre de 1912 los aliados balcánicos declaran la guerra a Turquía. Ante semejante ofensiva la situación de este país era más que difícil, pues habían de combatir en tres frentes: en la frontera directa con Bulgaria en Tracia, en Macedonia con Grecia y en la frontera común serbo - búlgara.

Entre los aliados, el ejército más poderoso era sin duda el búlgaro, organizado desde su misma base a imagen y semejanza del ruso, y que contaba con once divisiones de unos veinte mil hombres cada una. A esta potencia había que añadir las fuerzas movilizadas por Serbia y Grecia, con lo que en total algo más de medio millón de aliados se enfrentaron al ejército turco. Éste, aunque muy superior en número, estaba repartido entre sus provincias europeas, africanas y asiáticas, de forma que en los frentes abiertos sólo podían oponer trescientos mil hombres. La idea inicial era que seis divisiones búlgaras con otras dos en reserva, atacaran Adrianópolis y luego Estambul. Los serbios y montenegrinos, apoyados por las otras tres divisiones búlgaras, lanzarían la ofensiva en Macedonia con apoyo griego. Pero a última hora, y sin avisar a sus aliados, el alto mando búlgaro cambió de estrategia: diez divisiones fueron concentradas en el frente de Tracia y sólo una fue destinada a combatir junto a los serbios. Esta medida, mal explicada y peor interpretada, fue el germen de la segunda guerra Balcánica, ya que los serbios se consideraron abandonados. Los búlgaros conquistaron Adrianópolis y amenazaron Estambul. Del grueso búlgaro se destacó una división en ayuda de Grecia y juntos ocuparon Salónica y Janina. Por su parte, los serbios, apoyados por la división búlgara, ocuparon Monastir y Scútari. El 30 de mayo de 1913 se firmaba el Tratado de Londres por el que Turquía perdía sus provincias europeas a excepción de Albania y la franja que rodeaba Estambul. Bulgaria fue la gran beneficiada por el reparto. Pero considerándose traicionadas por Bulgaria, Grecia y Serbia planearon la venganza. A los pocos meses de la firma de tratado, Serbia y Grecia la atacaron. Los turcos, aprovechando la guerra, reconquistaron entonces Adrianópolis. Desbordada por todos los frentes y sin apoyo ruso, que fue cortado en seco por las amenazas alemana y austrohúngara de intervenir, Bulgaria hubo de capitular. El 10 de Agosto de 1913 se firmó la paz en Bucarest y Bulgaria tuvo que

reconocer a Turquía la posesión de Adrianópolis y ceder la mayor parte de sus conquistas anteriores a Serbia y Grecia. Entretanto, Albania se declaró independiente. Sin saberlo, unos y otros acababan de escribir las páginas iniciales de la Primera Guerra Mundial, pues aunque las grandes potencias habían conseguido controlar finalmente la crisis, sus pueblos, sus líderes y la opinión pública habían comprendido que la posibilidad de una confrontación entre ellas a gran escala era una realidad a corto plazo que ninguna bandera pacifista, de las muchas que proliferaron por entonces, podría evitar.

Quizá vaya siendo oportuno no retrasar la mención de otro de los grandes protagonistas de la contienda. Nos referimos, por supuesto, a Rusia, cuyo vertiginoso desarrollo desde la década de 1890 no fue fácil de asumir por ningún país. Que su auge trajo consigo la promesa de un futuro esperanzador no es más cierto que la velocidad con que se produjo desestabilizó profundamente a una sociedad que ya de por sí se encontraba visiblemente fragmentada. Mientras en Moscú y San Petersburgo las clases pudientes disfrutaban una existencia lujosa donde el despilfarro y el derroche no encontraban término, en los poblados pobres los campesinos sobrevivían a duras penas, sobre todo en los largos meses de invierno, cuando la escasez de alimentos los castigaba con el hambre y las enfermedades. El descontento social, extendido desde los países bálticos hasta las áreas industrializadas, soñaba con derrocar el viejo orden aunque para ello tuviera que emprender acciones terroristas o incluso la insurrección armada generalizada.

En los años anteriores a 1914, Rusia era un país tan zarandeado por la contestación popular que nadie se atrevía a predecir el futuro. La ampliación de las comunicaciones, la reducción del analfabetismo, la migración de los campesinos a las ciudades en busca de empleo estable, estaban conmocionando a las viejas aldeas que hasta entonces habían transcurrido el paso de los siglos sin apenas alteraciones, convencidos sus habitantes de que su mísera condición se transmitiría inevitablemente de generación en generación, postrados en la pobreza y resignados a sobrevivir.

Pero las transformaciones económicas y sociales que en el resto de Europa habían necesitado más de un siglo de evolución, se estaban dando en

Rusia en un plazo excesivamente breve, sin que contara con instituciones o mecanismos organizativos capaces de conducir el proceso. Algo muy parecido le había ocurrido a su vecina China, cuyo sistema dinástico, tan profundamente anacrónico, pagó el elevado precio de muchas vidas y un tiempo de medio siglo para cambiar su sistema político.

Para colmo, las dos guerras sufridas por Rusia, sobre todo la que la estrelló con Japón, le supusieron un coste económico inasumible. A lo largo de 1905 (el año de las “pesadillas”, lo llamó la emperatriz viuda) el país fue sacudido por numerosas huelgas y protestas desde el Báltico hasta el Cáucaso. Las concesiones que tuvo que hacer el zar estimularon a los opositores al régimen, cada vez más crecidos y dispuestos a batir la despótica monarquía que los llevaba pisoteando siglos enteros.

El conflicto con Japón había destruido a la armada rusa y lo poco que quedaba del ejército era empleado para reprimir al propio pueblo ruso. Hasta el citado 1905 Nicolás II era un monarca absolutista que gobernaba a su antojo, sin parlamento que le pudiera pedir cuentas y exigir responsabilidades, circunstancia que a veces había despertado envidia en su primo Guillermo de Alemania, según confesión confidencial, y en el emperador austríaco. Elevado al trono, Nicolás impuso a su reino tres pilares fundamentales: las creencias en los Románov, en la iglesia ortodoxa y en la gran Rusia.

Pero, al mismo tiempo, era incapaz de saber lo que deseaba hacer con el inmenso imperio heredado, dejándose aconsejar equivocadamente por sus allegados directos, en vez de escuchar a los magníficos asesores que, no sin timidez, pretendían encontrar un rumbo de progreso acorde con el resto de Europa. La influencia de la corte sobre el pensamiento del zar fue tal que prefería la opinión de sus muchos holgazanes a la de los ministros, escandalosamente ignorados. Se podría decir, sin exagerar, que esos reaccionarios ambiciosos influyeron notablemente en su decisión de entrar en guerra con Japón, calculando los pingües beneficios que les reportaría la expansión colonial.

Lo que empeoró aún más el panorama y aisló casi por completo a Nicolás fue su matrimonio con Alejandra, idilio que lo apartó de la

efervescencia que se extendía extramuros de palacio, donde adquiría un poder creciente lo que se denominó la “opinión pública”, elemento que junto a la Duma (asamblea legislativa) le obligó a reconsiderar urgentemente la existencia de un consejo de ministros, si bien a su presidente, el legendario Witte, le hizo insostenible su mandato, hasta terminar sustituyéndolo por Stolipin, un personaje cuyo aspecto y oratoria impresionaba y cuya habilidad para los asuntos de gobierno fue quedando de manifiesto. Sin embargo, la envidia del zar por su protagonismo consiguió que un agente de policía lo asesinara a quemarropa en la ópera de Kiev, truncando así la trayectoria de un timonel lúcido que, entre otros peligros, había advertido a Nicolás el de practicar una política exterior agresiva, en lugar de alejarse de cualquier guiño provocador en unos momentos de fragilidad imposibles de ocultar a sus vecinos.

Si los intereses de Rusia estaban en el este, también necesitaba estabilidad en el oeste, y eso implicaba una alianza, o al menos una distensión, con Alemania y el imperio austrohúngaro. En realidad, había razones históricas e ideológicas a favor de esta conclusión: las tres monarquías conservadoras tenían idéntico interés en mantener el statu quo respectivo y ofrecer resistencia conjunta a los cambios radicales que hacía tambalear su permanencia, sin olvidar que los estrechos vínculos entre Rusia y Alemania databan de siglos atrás, cuando Pedro el Grande había importado trabajadores alemanes para sus nuevas industrias y a su vez los granjeros alemanes habían ayudado a poblar las nuevas tierras ganadas por Rusia en su expansión. Aproximaciones familiares y sociales no hubo pocas a lo largo de la historia compartida. Pero acercarse en exceso a Alemania suponía el grave peligro de despertar suspicacias en Francia, debieron advertirse antes de dar el paso adelante.

Tras la convulsión de la guerra con Japón, los rusos decidieron adoptar una política exterior abierta, tratando de eliminar cualquier fuente de tensión con las grandes potencias, si bien hasta los recalcitrantes conservadores encontraron mayor interés en aliarse con Francia que con Alemania. Las palabras del canciller Lamsdorff no estaban exentas de paradoja cuando en 1905 llegó a afirmar que la alianza con Francia traía consigo de forma

automática conseguir buenas relaciones con Alemania. Sin embargo, esa deseada neutralidad no pudo mantenerse cuando Europa comenzó a consolidar alianzas y tomar partido por alguna de ellas resultaba inevitable. Nacida ya la *Entente Cordiale* con Gran Bretaña, Francia quiso que Rusia se les uniera, pero el zar se mostraba claramente reacio al modo inglés de entender la vida y la política, y tanto Witte como Lamsdorff tampoco ocultaron su rechazo al proyecto.

Con el paso del tiempo, y desaparecidos estos dos personajes ante la irrupción del astuto Isvolski, las largas negociaciones produjeron satisfacción en Gran Bretaña tras la firma de la *Entente* con Rusia. Resulta curioso recordar que entonces el propio Isvolski intentó el acercamiento a la *Triple Alianza*, primero a través de un acuerdo sobre el Báltico con Alemania y luego con el imperio austrohúngaro, al que ofreció colaboración en el conflicto balcánico. Sin embargo, las posiciones definitivas estaban cada vez más definidas y ni Rusia pudo mantenerse al margen de la carrera armamentística, ni pudo evitar la unión de alemanes y austrohúngaros, ni sabotear la decisión anglo-francesa de crear un escudo defensivo ante la amenaza alemana. Estallado por fin el conflicto en 1914, los esfuerzos de Rusia por prolongar la equidistancia habían fracasado: su seguridad también encontraba peligro en la vecina Alemania.

Así las cosas, aislados los alemanes por la *Entente Cordiale*, solo les quedaba la posibilidad de aunar fuerzas con sus vecinos austro-húngaros, imperio que a todas luces, dado el extenso perímetro que abarcaba y los más de cincuenta millones de habitantes que lo poblaban (de los cuales casi medio millón integraban su ejército), resultaba un aliado muy poderoso para disuadir a las tres potencias que por el oeste y el este amenazaban su integridad. Compartir la propiedad del centro de Europa era un viejo proyecto que podría hacerse por fin realidad y además en el momento más oportuno.

Un imperio curioso, dicho sea de paso, pues en realidad era la adición de las propiedades conseguidas por los Habsburgo desde tiempo inmemorial mediante uniones matrimoniales unas veces, y guerras y maniobras en otros casos. Excepto la monarquía, el resto de instituciones no se puede decir que fueran auténticamente imperiales, sino el resultado de una mezcla de

nacionalidades y diversas formas de concebir el estado y su gobierno, en realidad un conglomerado afianzado artificialmente que en no pocas ocasiones sintió la tentación de resquebrajarse. Eso explicaba que este imperio fuera el que ostentara mayor desorganización administrativa y la llamativa curiosidad de que en los meses previos a la guerra, como si el ruido de los tambores no fuera ya ensordecedor, el consejo de ministros se reuniera en tan solo tres ocasiones. El emperador Francisco José fue delegando cada vez más en su heredero, Francisco Fernando, cuya constatación de la debilidad del Imperio tras guerras externas y hemorragias internas, le obligaba a adoptar una fachada belicista que no se correspondía con su temperamento cauteloso. Ambos se preocupaban de mantener el prestigio de su Imperio, pero como conservadores que eran preferían la paz a la aventura de la guerra. Alemania, desde siempre, objetivo de unión, pese a que conflictos temporales los enfrentaron en alguna ocasión y Rusia apareció por el horizonte como un aliado interesante.

5. El pensamiento y la inquietud filosófica de una sociedad convulsa.

El desarrollismo, la industrialización, no eran proclamados como afortunado progreso por todos los europeos, no todo el mundo estaba de acuerdo en los beneficios del profundo cambio económico y social producido a lo largo del siglo diecinueve. Nietzsche, que ha llegado a ocupar un lugar de honor en la historia del pensamiento, pretendía convencer del erróneo camino que la civilización occidental había tomado en su larga evolución. Culpables de ese torcido derrotero los encontraba en la burguesía, en el cristianismo y resto de religiones, en el nuevo capitalismo y en la falta de miras de una inmensa mayoría que no se atrevía a franquear la frontera de la moral convencional. Y con su célebre “Dios ha muerto” creó el eslogan a repetir por una nueva sociedad de hombres libres y consiguió fascinar a la juventud que emergía con ímpetu rebelde, oponiéndose a los cánones hipócritamente establecidos y localizando atracción en lo irracional, lo sobrenatural, la nueva espiritualidad al margen de credos esclavizadores. Por su parte, el francés Bergson salió a escena cuestionando el postulado positivista de que todo resulta explicable, y acotando la capacidad de la ciencia, porque “la esencia espiritual no está limitada ni por el espacio ni por el tiempo”.

Estas ideas y otras parecidas fueron el germen del movimiento moderno que causó profunda inquietud a los defensores de la tradición, testigos de la violencia de ese vendaval que pretendía barrer los valores de sus mayores para traer un aire nuevo. No en vano, esta ideología que impregnó a muchos europeos, encontró en el terrorismo el cauce supremo de su materialización, ocasionando magnicidios en diversos países a través de armas anarquistas disparadas por mentes visionarias que por toda explicación ofrecían respuestas como: “He cumplido con mi deber”, “vine a asesinar a Isabel de Austria para dar ejemplo a los que sufren”, “matando a un burgués no estoy matando a un inocente”.

De alguna manera, se fue instalando el temor a que en efecto la sociedad occidental estuviera en decadencia, que la prosperidad y progreso de

que se jactaba la mayoría fueran falsos y estuvieran minando el idealismo patrio, disminuyendo la capacidad de los jóvenes (cada vez menos viriles) para la guerra. Tal vez a través de ella se encontrara el elemento purificador que revitalizaría la sociedad. No pocos pensaban así, entre ellos el legendario Oswald Spengler, que en su célebre ensayo “La decadencia de Occidente” exponía que el mundo occidental había llegado a su ocaso, influenciado por la teoría evolucionista de Darwin, en principio referida a las especies y al mundo natural, y que con no poca prisa fue extrapolada por numerosos intelectuales a las sociedades. Los llamados darwinistas sociales, inmersos en no pocas confusiones, llegaron a plantear la posibilidad de determinar qué naciones concretas estaban en situación de evolución ascendente y cuáles en declive, con el correspondiente peligro de su paulatina extinción. Para sobrevivir habría entonces que luchar y de ese modo se justificaba la guerra, tal como se hizo en los meses previos al estallido. En este sentido, elocuentes resultan las palabras del general austríaco Conrad: “Un pueblo que depone las armas sella su destino”. De forma parecida se manifestaba el prestigioso pensador Hobbes, cuando afirmaba que las relaciones internacionales eran en realidad una carrera entre los países para ver quién tomaba definitivamente la delantera e imponía su ley al resto. La guerra surgía de nuevo implícitamente como mal necesario para depurar a la sociedad. Eso más o menos exponía también el futurista italiano Marinetti, cuyo ferviente deseo de destruir los cimientos de la decadente sociedad era compartido por su compatriota el poeta D´annunzio, y en Gran Bretaña por Rupert Brooke, también poeta, deseoso de una verdadera “convulsión social”.

Y si esta teoría caló hasta en los dirigentes políticos, mucha más profundidad y trascendencia adquirieron las tesis del nacionalismo (aceptadas con diferentes grados de radicalización según los países), exacerbando el sentimiento patrio hasta el paroxismo, si bien la mayoría interpretó en el comienzo de un nuevo siglo el momento idóneo para organizar celebraciones de gestas inigualables en batallas pretéritas, y emborracharse de épica inflamada. Hasta la enseñanza académica en todos sus ámbitos se dejó influir por este frenesí patriotero que pretendía imbuir a las juventudes de un

convencimiento absoluto sobre la responsabilidad que les incumbía en el futuro de su país, al que tendrían que defender con orgullo, incluso haciendo uso de las armas, con tal de preservar la dignidad y la gloria transmitidas por sus antepasados. Naciones como la siempre exaltada Alemania llegaron más lejos con su obsesión y no tardaron en extender la teoría del “espacio vital” (Lebensraum), consistente en que una raza como la suya, de notoria superioridad física, intelectual y material, necesitaba ampliar sus fronteras.

Las rivalidades a ultranza entre los sentimientos imperialistas eran absolutamente comprensibles para los postuladores del darwinismo social, que encontraban en la enemistad eterna una condición inherente al progreso de los pueblos. Por eso es fácil entender que la carrera armamentística naval emprendida por ingleses y alemanes fuera una consecuencia inmediata de tanta calentura extendida como una enfermedad contagiosa por todo el suelo europeo. Nadie estaba dispuesto a renunciar a su superioridad, de la que no dudaban y, bajo el pretexto difuso de defenderse ante la amenaza del otro candidato al podio, el impuso belicista fue cobrando una fuerza imparable que ya desde 1905 empezaba a mostrarse muy dispuesta a ser probada ante el enemigo.

Alemanes y franceses sentían un grado de antipatía mutua aún mayor que la que se soportaban ingleses y franceses. Pero esto no solo se explicaba por el temor alemán a que Francia los sorprendiera con una ofensiva relámpago para recuperar sus territorios de Alsacia y Lorena, sino por una mezcla de celos y envidias mal reprimidos que afectaban desde el ámbito de los círculos intelectuales más refinados, hasta competiciones entre las masas populares respectivas, manifestadas en la creación de estereotipos burlescos y ofensivos hacia el rival.

El militarismo fue un fenómeno generalizado en toda Europa cuya responsabilidad directa era atribuida comúnmente por los liberales y la izquierda al frívolo capitalismo, siempre necesitada de extender sus tentáculos sin límites a cualquier precio. De ahí la paradoja de que en los años inmediatamente anteriores a 1914 se constatará un importante aumento de intercambio comercial entre Gran Bretaña y Alemania. A la industria lo mismo

le beneficiaba el rearme previo que la entrada en guerra, ambos escenarios le producirían suculentas rentas. Curiosidades como el hecho de que la firma alemana Krupp mejorara la seguridad de las fortificaciones belgas o que la inglesa Vickers concediera a los alemanes licencias para fabricar ametralladores no fueron las únicas.

El furor nacionalista otorgó una importancia desmesurada a los militares, sobre todo en Alemania, donde en cierto modo desde siempre se les había considerado creadores de la nación y ahora una referencia social que en breve espacio de tiempo les fue confiriendo un excesivo protagonismo en la toma de decisiones, más allá de las que estrictamente les corresponderían. La filosofía militar se convirtió, de hecho, en un filtro para la sociedad, que profesaba admiración por los galones y encontraba en la disciplina una virtud irrenunciable. Pero también en Gran Bretaña se inculcaron a la juventud los valores militares como garantes de la supervivencia de la nación. No es extraño, entonces, que en ambos países proliferaran asociaciones de voluntarios de carácter militar y ligas de veteranos de guerra, todas ellas convencidas de su obligación de recordar a la población civil que unas manos firmes al timón eran imprescindibles para no incurrir en viejas fragilidades.

En cambio Francia nunca se dejó seducir por ese entusiasmo, tanto porque la tradición anti castrense había comenzado en los días de la revolución y aún se mantenía firme, como por la mayor preocupación de la sociedad hacia la resolución de la hemorragia política, atrapada como estaba en el constante debate. Incluso cuando en alguna ocasión se polemizaba sobre el tipo de ejército que se deseaba tener, el desacuerdo era frontal entre la izquierda, partidaria de una milicia popular destinada exclusivamente a la autodefensa, y la derecha conservadora, empeñada en organizar un ejército verdaderamente profesionalizado.

Mientras la duda continuaba en Francia, el káiser se burlaba de sus “infantiles tribulaciones, incomprensibles en todo país que se precie”. Sin embargo no podía calcular que años más tarde, en 1913, se produciría un incidente militar que a punto estaría de crear un gran conflicto interno en Alemania, cuando en la ciudad francesa de Zabern sus tropas cometieron con

la población intolerables faltas de respeto por razones de índole menor y en el Reichstag el clamor antimilitarista exigió responsabilidades.

Todo parecía hacer esperar que la crisis alcanzaría un calado de graves consecuencias, pero finalmente se aceptó la conveniencia de no remover las aguas y dejar que poco a poco volvieran a su cauce, que no era otro que asumir los civiles una capacidad autonómica del ejército casi imposible de contener. En medio de todo ser alemán era ser bastante militar, aceptaban en silencio cómplice.

6. Voces de guerra, murmullos de paz.

Pero si voces de guerra se oían por todos los rincones, tampoco debe olvidarse que esfuerzos por preservar la paz no fueron tan minoritarios. Si algún nombre debe guardarse en la memoria como destacada activista de la noble causa, ese debe ser el de la austríaca Bertha Suttner, un producto sus creencias heredado del confiado siglo diecinueve, en que las alturas alcanzadas por la ciencia y la racionalidad prometían un grado de civilización imposible de hacer retroceder. “La paz – decía ella inflamada – es tan irrenunciable como la decadencia imparabile que irá sufriendo el espíritu belicista”.

En el mundo de la economía también se venían escuchando desde hacía muchos años esos alegatos pacifistas. El prestigioso polaco Iván Bloch había publicado en 1898 un extenso estudio donde analizaba el escenario devastador de la absurda guerra. La gran escala que alcanzaría el conflicto supondría un impresionante dispendio de mano de obra y recursos que originaría un demoledor estancamiento de la economía y terminaría por destruir a los contendientes implicados en la locura. Pero, lejos de su teoría, la capacidad latente para movilizar esos grandes recursos y enviarlos al frente fue una desgraciada evidencia, como tampoco supo prever que la mujer, hasta entonces infrautilizada en las guerras, iba a convertirse en una importante ayuda desde la retaguardia colaborando en los medios de producción y hasta en las fábricas de armas, mientras los hombres empuñaban las bayonetas.

Pese a que un importante número de europeos consideraba que en determinadas ocasiones la guerra es absolutamente necesaria, a la voz de Bloch se unió la no menos lúcida de Norman Angell, y en todos los países empezaron a proliferar campañas por la paz, movimientos, asociaciones y grupos de presión que se oponían a la destrucción de tanto conquistado. Si bien estos grupos adquirieron gran influencia en Estados Unidos (sobre todo los cuáqueros), en Alemania e imperio austrohúngaro las adhesiones antibelicistas fueron minoritarias y casi siempre provenientes de los estratos

más humildes de la población, tal vez seguros de que serían los primeros en ser movilizados.

Por otra parte, se fue reafirmando la nada novedosa figura de la mediación y el arbitraje como medida racional de solucionar los conflictos, si bien el planteamiento fue desigualmente aceptado por los distintos países, nada proclives algunos a que el otro litigante fuera a interpretar en la concesión o el digno empate señales de flaqueza. En el propio 1914, según la crisis se iba agudizando, los líderes europeos, resignados a la inevitable confrontación, intentaban persuadir a sus pueblos de que acudirían a la guerra por razones exclusivamente defensivas.

La forma de planificar racionalmente la guerra aprovechando además los avances tecnológicos, fue un debate que se abrió paso con urgencia entre los mandos militares. Si hasta entonces el culto a la ofensiva en la batalla había sido la opción más extendida, en 1914 la idea se afianzó aún más. Nadie ponía ya en duda que había mucho más glamour en atacar que en la pasiva actitud defensiva. Y se trataba de que los atacantes fueran más numerosos que los defensores, sin olvidar que el factor psicológico sería determinante: habría que motivar a la tropa para atacar y morir mediante la constante invocación del patriotismo, ahora que la filosofía de Nietzsche había impregnado a la población de la necesidad de investigar para sus adentros el poder de la mente humana, en la que depositaban aún más confianza que en el nuevo armamento.

Se asumieron por unos y otros principios tales como que las victorias no podrían ser parciales, sino aniquiladoras, definitivas; todo debería ser rápido, sorpresivo, breve; la primera gran batalla decidiría la guerra entera. Y lo curioso es que lo aceptaran sabiendo que las guerras ya podían ser largas, que era posible mantener a los ejércitos en los campos de batalla un plazo de tiempo muy superior al de antes, cuando con el paso de las semanas el avituallamiento se iba complicando y la atención a los heridos y los estragos de las enfermedades se convertían en una adversidad casi peor que el propio enemigo.

Como decíamos antes, los gobernantes se cuidaban mucho de ocultar a sus ciudadanos que tras la promesa de prepararse para la defensa se estaban preparando para el ataque. En realidad, en sus madurados planes procuraban llevar la ofensiva a territorio enemigo y estaban seguros de que tomar la iniciativa sería la clave de la victoria. Y sabedores unos de las estrategias de los otros, el clima bélico alcanzado superó las expectativas previas, exigiéndose una determinación sin fisuras ante la inminente agresión del enemigo. Todos fueron echando leña al fuego con más o menos dudas y entusiasmo, y al final el incendio desbordó con creces sus previsiones.

Aunque ciertamente Rusia no deseaba la guerra y buscaba el modo de evitarla, Alemania se sentía en desventaja numérica ante sus rivales, lo cual no impedía que sus dirigentes consideraran la solución bélica como un plan aceptable, plan que cada año era revisado minuciosamente para incorporar nuevas hipótesis. Su autor, el jefe de estado mayor Schlieffen, dado que los enemigos lo acosaban por el este y por el oeste, pretendía derrotar uno de los frentes mientras mantendría ocupado al otro con escaramuzas de mantenimiento de posiciones. Así, cuatro quintas partes del ejército se desplazarían hacia el oeste, barriendo a toda velocidad los Países Bajos para caer como un águila sobre el norte de Francia y después su capital.

Desde 1910 a 1912 hubo un gran debate entre los altos mandos del ejército ruso, intentando establecer si sería mejor golpear primero a la poderosa Alemania o al imperio austrohúngaro, aunque finalmente prevaleció el convencimiento de que la ofensiva debería incluir a ambos países. Por su parte a Francia solo le podía obsesionar Alemania, única frontera enemiga, y la alianza con los rusos le permitía afrontar el gran trance con ciertas posibilidades de éxito.

Y tanta precaución y angustia por parte militar, entre paranoias y mesianismos, no hizo sino acelerar los acontecimientos, impidiendo al poder civil disponer del tiempo necesario para llevar a cabo las últimas reflexiones, antes de adoptar la irreversible decisión final. Los dedos estaban en los gatillos y cualquier falsa alarma los apretaría.

Sin embargo, otras eventualidades, no originadas precisamente por el potencial enemigo, ponían el freno y hacían reconsiderar la oportunidad de entrar en combate. Nos referimos a que aunque los gobernantes se sentían refrendados por la exaltación de sus respectivos nacionalismos, les preocupaba su fiabilidad y que surgieran disensiones capaces de alterar la unión que aparentemente se veía muy sólida. No en vano los partidos de izquierda, más revolucionarios en sus objetivos que imperialistas, estaban adquiriendo una fuerza desestabilizadora lo suficientemente importante como para no desconsiderar su capacidad de maniobra. Solo faltaba que además del enemigo exterior surgieran dinamiteros en el propio interior del país.

En Italia, la exitosa campaña en el norte de África que tanto entusiasmo había despertado al principio, era puesta en entredicho por los socialistas, y en Alemania el inesperado ascenso socialdemócrata en las elecciones de 1912 estuvo a punto de desencadenar una grave crisis, muy preocupada la derecha ante el riesgo de una indeseable fragmentación nacional, cuando los primeros compases de guerra se oían cerca. Por su parte, en Gran Bretaña la contestación social había aumentado considerablemente, siendo frecuentes las huelgas de grandes proporciones que llegaron a amenazar la industria, ocasionando una gran preocupación al gobierno que, más allá del enorme daño económico que se estaba produciendo, temía ofrecer una imagen de fragilidad y desprestigio en el momento más delicado posible.

Y en Rusia el zar se resistía a toda costa al establecimiento de un gobierno constitucional, designando a ministros complacientes que a ninguno de sus deseos se negaban, e ignorando las opiniones de la Duma, como si con esa labor obstruccionista consiguiera que su reinado se librara de la marea reivindicativa que las masas estaban imponiendo en el resto de Europa. Un clamoroso ejemplo de que sus súbditos ya no le profesaban la lealtad de siempre se produjo cuando en 1913, en pleno viaje de conmemoración del tercer aniversario del reinado Románov, comprobó con sus propios ojos el escaso entusiasmo con que los campesinos celebraban su aparición por las aldeas. Y eso sin olvidar que el escándalo Rasputin, el clérigo a quien llegó a atribuirse una excesiva influencia y hasta amoríos con la zarina y sus hijas, le

produjo un desprestigio enorme a la corona. La Duma era escenario de excesivas recriminaciones y confrontaciones que imposibilitaban su funcionamiento, circunstancia a la que los viejos reaccionarios contribuyeron con gran dedicación.

Y si en las ciudades la clase trabajadora se estaba dejando influenciar peligrosamente por el discurso incendiario de la extrema izquierda, en el campo la crispación de los campesinos iba en aumento desde 1905, cuando se habían producido intentos de arrebatar las fincas a los terratenientes. Torpemente, y desoyendo el clamor generalizado, la represión fue la respuesta adoptada por las autoridades, convencidas de que la agitación social ponía en peligro la subsistencia de la monarquía.

Respecto al imperio austrohúngaro, la situación no era más favorable, pues cuando la economía empezaba a recuperarse a principios de 1914 tras las guerras balcánicas, la industrialización supuso que la presión de la militancia obrera se hiciera tan amenazadora como en otros países, a lo que había que añadir las constantes refriegas entre las diferentes etnias, cada vez más soliviantadas y deseosas de obtener el reconocimiento de su idiosincrasia. Meses antes de la guerra el futuro de la corona estaba amenazado.

En Alemania era el miedo a la agresión exterior la verdadera inquietud de ese momento, originando, como ya hemos comentado, una paranoia extendida ante la seguridad de ser atacada. La guerra se veía como una solución muy viable, aunque los líderes civiles y el propio káiser mantenían viva la esperanza de que la cordura sentara a los contendientes a la mesa de la paz. En diciembre de 1912, conociendo el káiser y su consejo de asesores militares de las declaraciones de Grey, ministro inglés de la guerra, sobre su inequívoca intención de salir en defensa de Francia en caso de que fuera atacada por Alemania, convocaron a los insignes Moltke, Tirpitz y von Müller a una reunión en la que se adoptaron directrices sobre el modo en que el ejército alemán debería entrar en combate. Según parece, Moltke advirtió que la posición alemana se debilitaría con el paso del tiempo, antes de sentenciar: “La guerra, cuanto antes mejor”. Fueran o no fueran exactamente vertidas de ese modo sus palabras, lo cierto es que aunque simplemente se considerasen

como una versión aproximada a la realidad de lo por él dicho, no se puede negar que el desencadenamiento definitivo del conflicto estaba alcanzando un grado de probabilidad altísimo. Y ante esa proximidad el káiser decidió rearmar aún más su ejército, incorporando a filas a más de cien mil hombres que sumados al grueso existente supondrían casi novecientos mil soldados en vísperas de la guerra. Este nuevo impulso obligó al zar a reforzar el suyo mediante sucesivos programas de alistamiento, y a Joffre a hacer lo propio con el ejército francés utilizando procedimientos parecidos, como alargar de dos a tres años el período de servicio de los reclutas.

Si hubo un personaje que personalizaba genuinamente los nuevos aires que se respiraban en Francia ese fue Raymond Poincaré, elegido presidente a principios de 1913, mandato que ostentó durante siete largos y complicados años. Su deseo inicial era mantener la distensión con Alemania, hasta el punto de cooperar con ella durante las crisis balcánicas. Pero esa actitud ya no era la misma un año más tarde, cuando a su sincero afán de paz se oponía la voluntad de hacer frente a la bravuconería alemana, cada vez más intimidatoria. Tanto en Rusia como en Gran Bretaña encontró a los aliados de cuya unión sería una locura desmembrarse, si bien la relación con el mandatario británico Grey fue peor que con su sucesor, Asquith, un hombre ambicioso y muy hábil en la tarea de unir al dispar grupo liberal.

Con todo, la convulsión que sufrió Gran Bretaña con la irrupción impetuosa del sufragismo no pudo compararse con el peligro proveniente de la reivindicación irlandesa sobre su deseo inaplazable de conseguir el autogobierno. La cuestión produjo una importante fractura social que desembocó en una crisis de incalculables proporciones, agravada aún más en marzo de 1914, cuando el enfrentamiento entre la cámara de los comunes y la de lores, partidaria y opuesta respectivamente a la autonomía, adquirió dimensiones inéditas hasta entonces. Tal fue el grado de perturbación alcanzado que, ya asesinado Francisco Fernando en Sarajevo, aún continuaba el debate interno en todos los sectores sociales, no descartándose incluso la inevitable conclusión de una guerra civil, escenario que los atónitos ojos

alemanes contemplaban con igual asombro que agrado, pues no dejaría de ser un regalo del destino que el enemigo se mordiera a sí mismo.

Sin embargo el resto de países intentaba lidiar como podía con sus respectivas disensiones (algunas no menos graves que las que inquietaban a los ingleses) y ciertos peligros en las fronteras nunca sospechados, por mucho que el embajador ruso en Alemania afirmase muy ufano que en la *Triple Entente* siempre terminaba prosperando el consenso, al contrario de la división y caos que sufría la *Triple Alianza*.

Mientras diversas formas de agitación recorrían Europa consiguiendo no pocos quebraderos de cabeza a monarcas y gobiernos, la desintegración del imperio otomano se constituía en un foco de inmensa preocupación internacional, conscientes todos los países, no solo del valor geoestratégico de la posición turca, que ahora podría ser ocupada por tropas extranjeras, sino de la importancia de apropiarse de países como Israel, Palestina, Líbano, Irak y Siria, un bocado apetecible que despertaba incontenibles tentaciones. Afortunadamente, la presión que ejerció Alemania con insistencia, rechazada de inmediato por Rusia con una energía mucho mayor que la del resto de candidatos, no supuso la declaración de guerra entre ambas potencias que algunos predecían, aunque sirvió para confirmar que los alemanes tanteaban la capacidad de reacción de sus rivales.

Paradójicamente, algunos observadores políticos consideraban que tras haber superado Europa los graves conflictos sufridos en los cuatro años anteriores, era muy probable que una larga temporada de paz terminara consolidándose en esa primavera de 1914, sobre todo a la vista de la capacidad disuasoria que cada alianza había observado en la otra. El equilibrio parecía asentarse mientras la cordura aconsejase evitar el enfrentamiento con un rival de igual potencia. Algo así afirmaba el embajador británico en París durante una audiencia con Jorge V: “Estoy convencido de que la mejor garantía de paz entre las grandes potencias es que todas se teman entre sí”.

Pero que la disuasión había funcionado efectivamente hasta entonces no implicaba abandonar la tarea de estar al corriente de la estrategia del enemigo. La guardia se mantenía cada vez más alta según se iba conociendo a

través de los espías el crecimiento de los ejércitos y la modernización de su armamento, cada vez más sofisticado y letal. En este aspecto, el despliegue alemán para detectar peligros resultó el más decidido, consiguiendo conocer no pocas deficiencias de los franceses, entre ellas su grave carencia de artillería pesada.

Y esa prevención alemana se justificaba por su temor a que el paso del tiempo los situara, como calculaban con rigor, en inferioridad frente a los rusos, quienes, a su vez, estaban seguros de que tras la derrota que habían sufrido frente a Japón un nuevo fracaso bélico desembocaría en una revolución social imposible de contener por la monarquía, cuya fragilidad venía quedando de manifiesto de un tiempo a esta parte. Aunque desde el imperio austrohúngaro no cejaron en la intención de tantear la posibilidad de una distensión formalizada que alejara los fantasmas de la guerra, el intento más significativo tuvo lugar entre Alemania y Gran Bretaña, cuando estos últimos llegaron a ofrecer a los primeros las colonias africanas de Portugal y se llegó a un acuerdo sobre la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad. En 1912 el financiero Cassel había aceptado la invitación del gobierno británico para mantener reuniones en Berlín al más alto nivel que propiciaran la firma de un memorándum cuyos tres puntos consistían en la aceptación por parte alemana de que la superioridad naval inglesa debería respetarse como garantía de su integridad insular, en el esfuerzo británico para ayudar a Alemania a conseguir colonias, y en el compromiso de ambos de no integrarse en alianzas mutuamente agresivas. Pero cuando el ministro de la guerra inglés, Haldane, llegó a Berlín para materializar en un tratado los puntos acordados, quedó en evidencia la inmensa distancia que separaba a ambas partes: en realidad las garantías que un gobierno esperaba del otro ni se podían ni se querían ofrecer, tal era el grado de desconfianza y recelo del que no conseguían desprenderse.

En 1914, el nuevo presidente americano, Wilson, quiso tomar parte en la idea de promover una tregua naval enviando a las capitales europeas al coronel House, quien, tras un periplo infructuoso, regresó a su país asombrado con el enloquecido militarismo que había encontrado sin excepción. No menos presión utilizaron en aquella primavera los pacifistas, al intentar detener lo que

se veía imparable: conferencias de paz en Suiza y Estocolmo, y hasta nueva intervención de Wilson para convocar la que sería la tercera de las conferencias internacionales celebradas en La Haya.

Y a cada derrumbe en el escepticismo le seguían declaraciones esperanzadoras sobre la capacidad europea de reaccionar antes de caer en la fatalidad. Y a cada bravata de quienes todavía creían asistir a un juego de póquer, le respondía desde el otro lado del tapete el eco inmediato del orgullo patrio amenazado. Y a cada temor responsable ante la espantosa incertidumbre de empuñar las armas, los militares salían al paso alentando a conseguir la victoria segura. Una locura que todos aceptaban pero que ninguno estaba dispuesto a reconocer.

7. Conclusiones.

Desde mi punto de vista, creo que en realidad los protagonistas que arrastraron consigo al resto de actores fueron esencialmente dos: Gran Bretaña y Alemania. Sin ellos, o simplemente con la ausencia de uno, es muy probable que la Gran Guerra no se hubiera producido o al menos hubiera durado escasas semanas. Como en no pocas ocasiones a lo largo del siglo diecinueve, los conatos de guerra entre las diversas potencias europeas habían sido constantes y afortunadamente apenas se habían materializado en verdaderas confrontaciones, unas veces debido a que la propia sensatez de los contendientes había detenido los cañones en el último minuto y otras debido a las corduras ajenas, las de los espectadores que rechazaban verse involucrados en un conflicto del que temían graves repercusiones para su supervivencia. Algunos historiadores siguen manteniendo que la guerra podía haberse evitado si aquel fatídico 4 de agosto de 1914, asesinados ya en Sarajevo el archiduque Francisco Fernando y su esposa, Gran Bretaña hubiera desistido de entrar en el conflicto. Sin embargo, la guerra estaba fraguándose desde hacía años y sus causas eran fundamentalmente económicas, como en la mayoría de las guerras. El imperialismo de las grandes potencias europeas, exacerbado por ideologías ultranacionalistas, generó una lucha económica por dominar el mayor número posible de territorios en África y Asia en los cuales fundar nuevas colonias que abastecieran de materias primas sus crecientes industrias y conseguir el mayor número de mercados de consumo. Las grandes potencias pensaban que solo podrían alcanzar la supremacía económica si se imponían a las demás. Esta rivalidad económica, comercial y política solo podía dirimirse mediante el uso de las armas. Solo un gran imperio podía mandar en Europa y en el Mundo, y en este momento, el creciente desarrollo económico y comercial del nuevo imperio alemán infundía mucho miedo al resto de países.

Pero a finales del siglo, una mezcla de arrogancia, soberbia y afán de liderar el mundo, unida a los antiguos celos históricos y la sombra constante del miedo mutuo, resultaban insuperables para dos viejos leones como Gran

Bretaña y Alemania, dispuestos a devorarse el uno al otro antes de ser devorados. Conviene recordar que la creación de Alemania en 1871 había supuesto para el equilibrio europeo de entonces, más o menos sólido, la irrupción de un elemento desestabilizador cuyos poderes económico y militar resultaban indiscutibles. Y el resto de potencias, sobre todo Gran Bretaña, acostumbrada a ser respetada y temida, tanto por el prestigio de su armada como por la apabullante dimensión de su imperio, observaba con recelo este impulso frenético del país emergente cuya proyección amenazante no era fácil de evaluar con exactitud. Desde luego que, en el mejor de los casos, era un nuevo rival a tener muy en cuenta cuyo poderío no parecía fuera a limitarse a una 'temporada.

Iniciada por Alemania de una forma notoria la carrera armamentística (como hemos explicado anteriormente), y finalizada por sus ingenieros y constructores la ampliación del canal de Kiel (justo en junio de 1914), que permitiría a su renovada flota acceder con inmediatez al mar del Norte, las pocas dudas que les quedaban a los británicos sobre el peligro que se cernía sobre sus costas, no solo se esfumaron, sino que les obligaron a responder con un rearme progresivo de su legendaria “Navy” que resultara suficientemente disuasorio.

¿Se podría culpar, por tanto, a Alemania de ser la instigadora directa de la guerra? De una forma inmediata habría que decir que sí, que fue quien echó el pulso imposible de rechazar, pero por lo que he leído no todos los analistas le atribuyen esa total responsabilidad. Por eso he comenzado estas “conclusiones” diciendo que tanto ella como Gran Bretaña fueron las grandes activadoras de la confrontación, lo cual no quiere decir que otras naciones, cada una a su manera, contribuyeran a convertir el territorio europeo, aparentemente instalado en una grata convivencia pacífica, en una olla a presión a punto de estallar. Por ejemplo, el imperio austrohúngaro se encontraba amenazado por la insurgencia nacionalista de su frontera sur, y ese peligro producía graves convulsiones internas nada fáciles de sofocar. Francia también asistía con preocupación al crecimiento alemán, temiendo ser relegada a un puesto que no estaba dispuesta a aceptar. Alemania, a su vez también

recelaba del vertiginoso crecimiento del gigante ruso, impensable su magnitud años antes. Y todo esto sin olvidar que desde el exterior del continente, Japón, Estados Unidos y China, cada uno en medida diferente, mostraban sus opciones al reparto de la tarta de la riqueza mundial.

Tampoco la espoleta se activó por una única mano irresponsable ni tampoco sería ecuánime atribuir de forma exclusiva al militarismo paranoico el desencadenamiento del conflicto. Además de generales mesiánicos y asesores iluminados, debe reconocerse que monarcas soberbios y políticos intrigantes jugaron durante muchos años con fuego, de igual modo que pensadores y revolucionarios, por mucha agitación que dirigían en bien de la sociedad, fueron incapaces de sospechar que tantos órdagos sobre la misma mesa y de forma simultánea serían imposibles de soportar por una Europa que se debatía entre la necesidad de mantener a salvo a toda costa los respectivos el orgullos patrios, incluyendo el choque armado si fuera necesario, y el convencimiento de que la paz era una situación irrenunciable que a todos beneficiaba.

Realmente en aquel verano de 1914 el magnicidio de Sarajevo adelantó lo que en mi opinión parecía imposible de detener. Sería cuestión de unos meses o quizá de un año, pero el caso es que la situación reunía condiciones de gravedad suficientes para desembocar en una gran guerra, como así ocurrió.

8. Bibliografía

Eichengreen, B. (2000) : *La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional.*

Barnard, J. (2013): *Executive summary: Advertising Expenditure Forecasts.* ZenithOptimedia.

Ackoff, R. (1967): *The design of social research.* University of Chicago, Chicago:

Macmillan, M. (2013) : *1914, De la paz a la guerra*

Historia universal, las guerras mundiales (2004) por Editorial Salvat

Walsh, B. (1996): *Modern World History*

Palacios Bañuelos, L. : *Historia universal, siglo XIX,*

Juglar, C.(1862) : *Des Crises commerciales et leur retour périodique en France, en Angleterre, et aux États-Unis*

(Artículos internet)

Fder edu: <http://www.fder.edu.uy/contenido/ideas/sintesis-europa-e-inglaterra-en-el-siglo-xix.pdf>

Arte historia: <http://www.artehistoria.com/v2/contextos/2010.htm>

Blackbossy: <http://blackbossy.angelfire.com/doc5.html>

Bachiller Sabuco : <http://bachiller.sabuco.com/historia/Prusia3.pdf>

Cfacal: http://cfacal.webs.uvigo.es/04esquema5_1.htm

Biografías y vidas:
<http://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/bismarck.htm><http://www.economia48.com/spa/d/proteccionismo/proteccionismo.htm>

Expansion: <http://www.expansion.com/diccionario-economico/patron-oro.html>

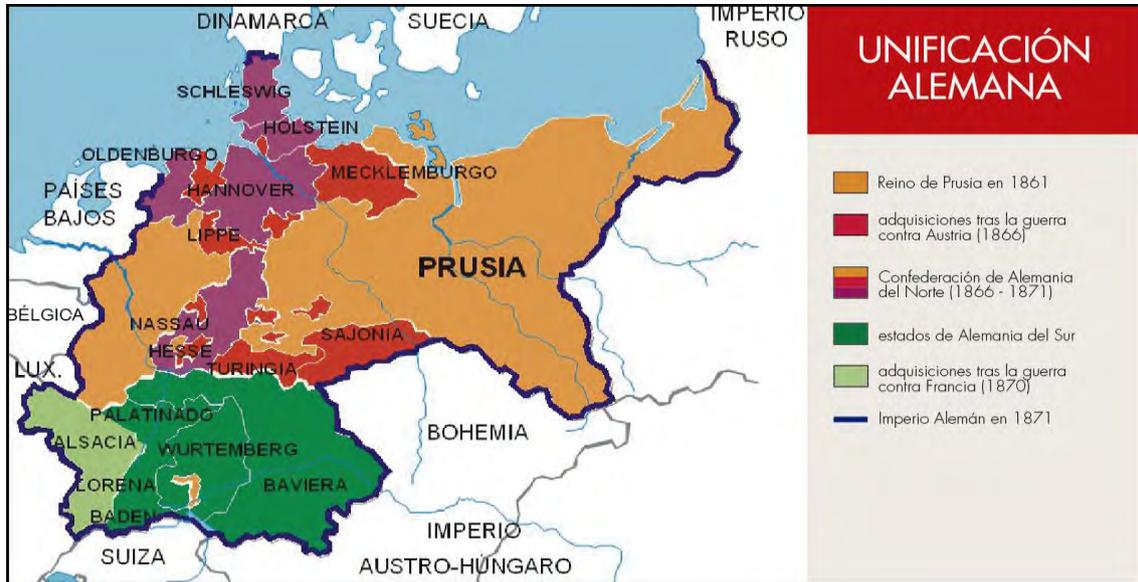
Ehu docencia:
http://www.ehu.eus/Jarriola/Docencia/SMFI/Michel%20Lelart_EI%20FMI.pdf

Historia y biografías: http://historiaybiografias.com/siglo19_30/

Ub: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-1.htm>

9. Anexos

Anexo 1: Mapa de los estados independientes antes de la unificación alemana ,

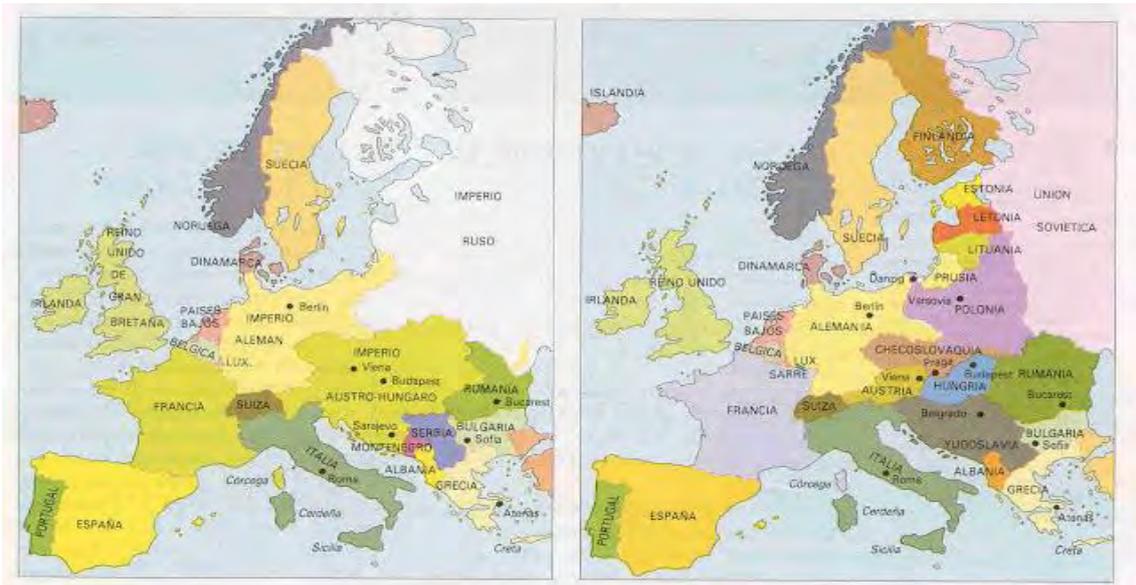


Fuente: Dr. Antonio Guevara Espinoza, *Edad contemporánea*, Pago (111-117)

Aquí podemos ver un mapa que representa los pasos que se dieron hasta la unificación alemana tan buscada y perseguida por Bismarck, y las fronteras del imperio alemán tras la misma

<http://www.historialuniversal.com/2010/07/unificacion-de-alemania.html>

Anexo 2: Mapa Europa antes y después primera guerra mundial



Aquí podemos ver como estaba dividida Europa antes de la guerra y como queda después: destacando la desaparición del imperio austrohúngaro y la creación de estados del este a partir de territorios rusos, como Estonia, Letonia Lituania.

Fuente: <http://carmengonzalezrubalhistoria.blogspot.com.es/2011/10/mapa-de-europa-antes-y-despues-de-la-1.html>

Anexo 3: El protectorado marroquí



En este mapa nos explica la situación del protectorado marroquí siguiendo la línea de fechas más importantes

Fuente: Arostegui, J (2006). Manual de historia de España,

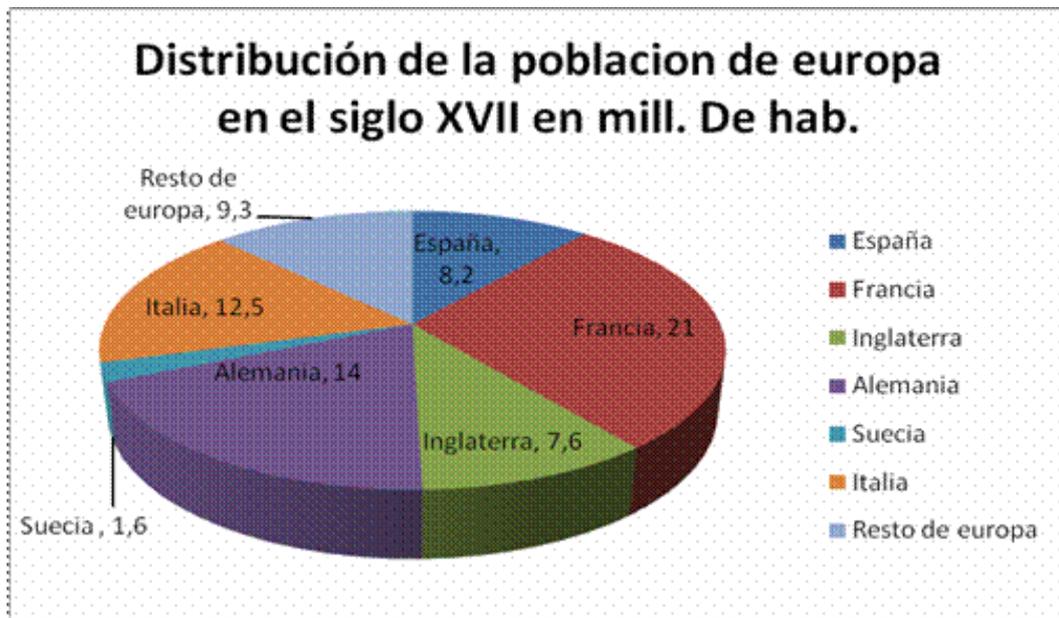
Anexo 4: Mapa de las alianzas en Europa



Las alianzas como he explicado en el trabajo, fueron clave para entender los bloques formados en la guerra, y viendo un mapa se ve de manera aún más clara: Por un lado los países de la triple alianza: Alemania, Austro Hungría y Otomanos frente a la triple entente, y es que Alemania y Austro Hungría se encontraban, como vemos en el mapa, rodeados.

Fuente: <http://4historiaeso.blogspot.com.es/p/tema-8-la-primera-guerra-mundial-y-la.html>

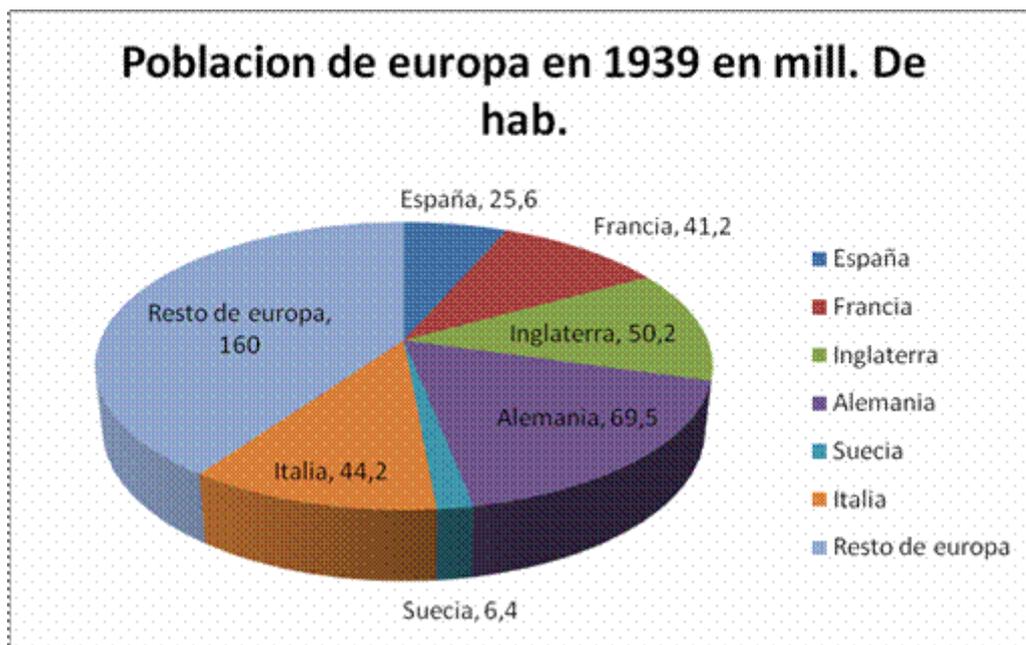
Anexo 5: Distribución de la población de Europa en el siglo XVII



Como vemos en el primer gráfico, la distribución de Europa a finales del siglo XVII, destacando el crecimiento demográfico en toda Europa, pero sobre todo en países como Alemania, Francia e Inglaterra.

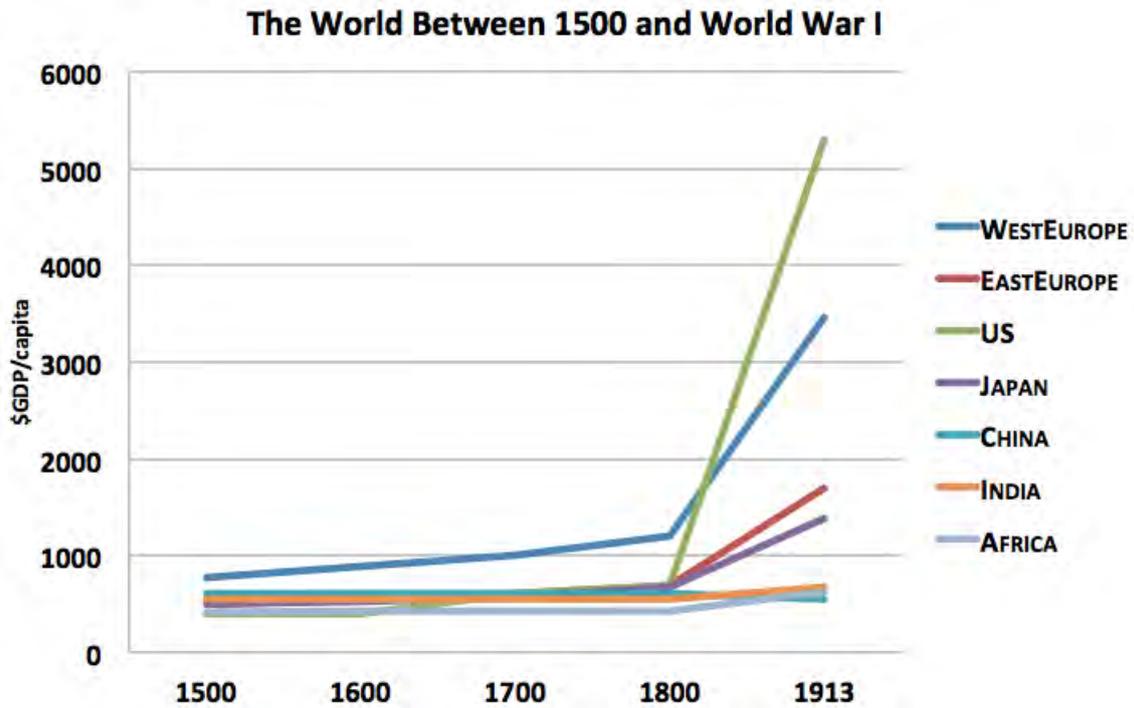
Fuente: <http://blackbossy.angelfire.com/doc5.html>

Anexo 6 : Distribución de la población de Europa después de la primera guerra mundial



Fuente: <http://blackbossy.angelfire.com/doc5.html>

Anexo 7: Evolución de PIB Per Cápita hasta la primera guerra mundial



Como explicábamos en el apartado de causas económicas, el crecimiento y desarrollo económico fue espectacular en todo el mundo en el siglo XIX

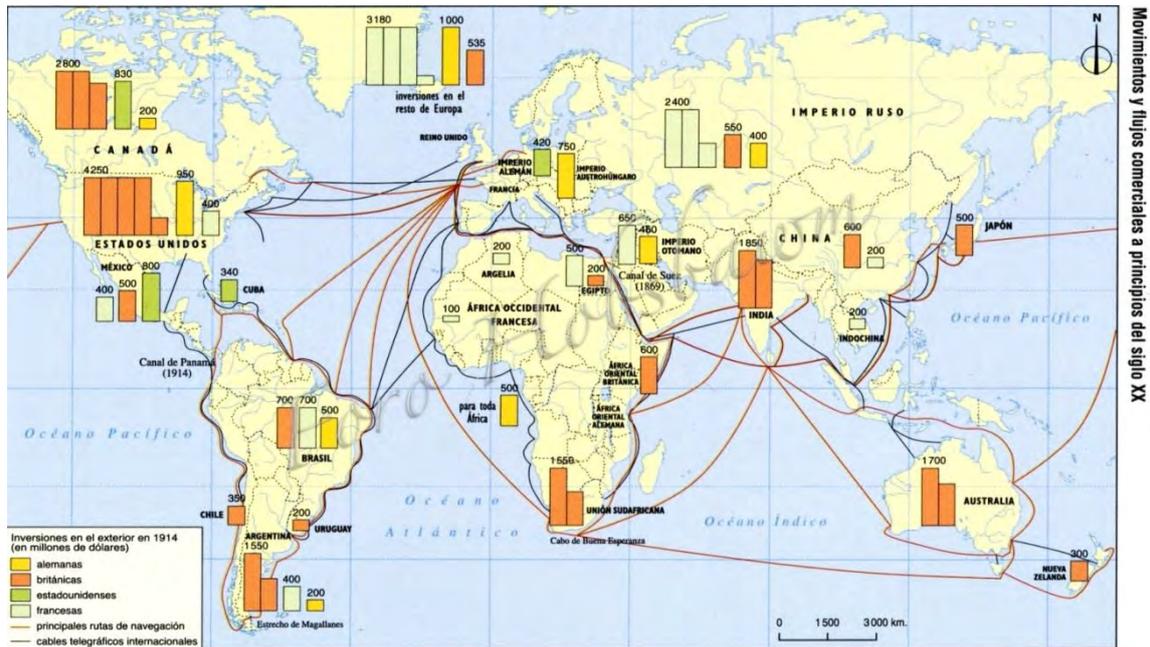
Anexo 8: Flujos de comercio internacional a finales del siglo XIX



Este mapa vemos el movimiento de flujos de comercio internacional a finales del siglo XIX, como se puede apreciar en el mapa, el comercio no se limitaba a dentro de Europa, sino que era a nivel mundial

Fuente: <https://laeradehobsbawm.wordpress.com/materiales-sobre-la-era-de-la-revolucion/revolucion-materiales-para-historia-del-mundo-contemporaneo/revolucion-materiales-historia-mapas/flujos-comerciales-a-finales-del-xviii/>

Anexo 9: Movimientos y flujos comerciales a principios del siglo XX



En este mapa vemos los flujos de inversión a finales del siglo XIX, con el origen y destino de los mismos

Fuente: laeradehobsbawm.wordpress.com

Anexo 10: Adopción y suspensión uso patrón oro historia

ESTADO	AÑO ADOPCIÓN	DE AÑO SUSPENSIÓN	DE RAZÓN DE SUSPENSIÓN	DE LA GRAN PARTE DEL MEDIO CIRCULANTE
INGLATERRA	1816 1925	1914 1931	Guerra Depresión	Oro
EEUU	1879 1908	1907 1933	Pánico Depresión	-
ALEMANIA	1871 1924	1914 1931	Guerra Depresión	Oro
FRANCIA	1878 1928	1914 1936	Guerra Depresión	Oro
PAÍSES BAJOS	1875 1825	1914 1936	Guerra -	Billetes

Por último, esta tabla nos sirve para adentrarnos más en las causas económicas de la guerra. Podemos ver cómo se adopta el patrón oro en años de bonanza económica y se suspende en causas extremas como la guerra o la depresión de 1929

Fuente: Bordo, 1996, pg. 20-22 y eichengreen 1996 pg. 113-123